



ASESINO KENDALL



ALF REGALDIE



Aunque no hubiese visto su magnífico descapotable rojo y oro, de modelo deportivo, habría imaginado que encontraría a Belle Seldon en el club «Estudio 13».

Era un grato lugar para la juventud con inquietudes artísticas, en donde servían bien y era fácil encontrar una agradable compañía.

Ella debía estar allí tomando su aperitivo antes de irse a cenar. Lo hacía cotidianamente a aquella bella hora crepuscular.

Me acerqué al descapotable después de haber dejado mi reluciente bólido color plata.

Y quité del descapotable rojo la tapa del «delco». Fue algo rápido y no tuve testigo alguno que le pudiese ir a ella con el cuento.



Alf Regaldie

Asesino Kendall

Bolsilibros - Servicio Secreto - 882

ePub r1.0

Lds 14.12.17

Título original: *Asesino Kendall*

Alf Regaldie, 1967

Cubierta: Jorge Sempere

Ilustración interior: Peña

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





SS

SERVICIO SECRETO



Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

CAPÍTULO PRIMERO

Aunque no hubiese visto su magnífico descapotable rojo y oro, de modelo deportivo, habría imaginado que encontraría a Belle Seldon en el club «Estudio 13».

Era un grato lugar para la juventud con inquietudes artísticas, en donde servían bien y era fácil encontrar una agradable compañía.

Ella debía estar allí tomando su aperitivo antes de irse a cenar. Lo hacía cotidianamente a aquella bella hora crepuscular.

Me acerqué al descapotable después de haber dejado mi reluciente bólido color plata.

Y quité del descapotable rojo la tapa del «delco». Fue algo rápido y no tuve testigo alguno que le pudiese ir a ella con el cuento.

Con la pieza en uno de mis bolsillos salvé de un salto los tres escalones que llevaban hasta la puerta principal, toda ella de cristal.

Entré silbando alegremente.

La chica del guardarropía me sonrió. No llevaba nada para el guardarropa y le eché un beso.

Luego pensé que ella no podía solucionar su vida con besos al aire y me acerqué.

—Tabaco.

—¿De cuál?

Del más caro.

No fumo y ella lo sabía.

—Quédate el cambio.

—Gracias, señor.

Me volvió a sonreír. Valía la pena verla sonreír porque lo hacía con sinceridad.

Físicamente era una maravilla; moralmente era limpia como

pocas. Se quería casar.

Y por eso estaba allí aún, empleada en el guardarropía y vendiendo cigarrillos, flores y golosinas.

—Suerte, morucha.

—Gracias, señor...

La animé:

—Aguanta firme. Algún día llegará lo que quieres.

Volvió a sonreír mientras yo me alejaba.

Belle Seldon estaba sentada ante la barra, en el lugar habitual. Su banqueta era la número trece.

La vi perfectamente, pero fingí no verla y la evité después de dejarme ver.

Ella no hizo gesto alguno. Se percató de mi maniobra. De verdad me hubiese gustado conocer lo que pensaba de mí en aquel momento.

Lo hubiera podido saber porque la chica es sincera y me lo habría dicho; pero yo no quería oír algo desagradaba, perfectamente justificado.

Al darse cuenta de mi acción, la estupenda rubia se apresuró a terminar su aperitivo.

Saltó con ligereza de la banqueta y caminó con cierto apresuramiento en dirección a la puerta, no queriendo dar ocasión a que yo pudiese corregir mi actitud y me acercase a ella.

De verdad, sentí que se me hacía un nudo en la garganta. ¡Cómo estaba! Sensacional de verdad. Pueden creerme.

Equilibrada de formas, la rubia tenía todo en las proporciones justas, con la cantidad exacta de cada cosa y justo en el sitio en donde debía estar.

Eso era lo que se podría llamar su equilibrio físico, que con ser mucho, no era todo.

Porque su belleza, digamos dinámica, sus movimientos, nada de calculados, sino naturales, resultaban algo inenarrable por lo felinos, mareantes, elásticos y graciosos.

Era muy rubia, con un color de oro pálido, y sin embargo la piel tenía un tono delicadamente moreno, como la corteza del pan bien tostado. Un moreno uniforme en una piel fina, suave.

Tenía los ojos grandes, verdes, maravillosos de profundidad, luminosidad... Y limpieza de alma.

En aquel caluroso atardecer vestía Belle una fina blusa floreada, muy suelta, despegada del cuerpo, de tejido casi transparente, que dejaba entrever algo de lo que era su maravilloso busto, equilibrado, pujante, joven.

En lugar de falda, la atractiva joven vestía pantalón largo, de fino tejido que dibujaba de manera rotunda y graciosa la gracia de las formas que le correspondía velar, dando a sus movimientos un sugeridor encanto cuando se desplazaba con su gracioso contoneo.

La seguí con la mirada hasta verla salir.

Entonces fui yo quien se levantó hasta encontrar un observatorio adecuado.

Llegaba Belle hasta su coche.

Para ganar tiempo, no se molestó en abrir la portezuela del descapotable, sino que saltó ágilmente por encima de ella, apoyándose con ambas manos.

Se situó inmediatamente detrás del volante y colocó la llave.

Quiso lanzar el automóvil en uno de sus audaces arranques. Y falló, como era lógico.

Me reí a gusto.

Intentó la puesta en marcha dos o tres veces más con idéntico resultado. Y golpeó con ambas manos en el *volante* dando muestras de viva impaciencia.

Belle era una chica inteligente, preparada, con gran sensibilidad y fibra artística.

Pero sus conocimientos de mecánica eran nulos o poco menos, a pesar de que conducía con seguridad, con gran pericia y arrojo que a veces llegaba a rozar lo suicida.

Ella conocía su ignorancia en tal aspecto, y, a pesar de ello, convencida de que había avería, y también de que no la encontraría, saltó dispuesta a intentar alguna cosa.

Alzó la cubierta del motor. Y miró.

Ya era algo.

Pero para Belle «aquello» que tenía delante era algo tan indescifrable como un libro escrito en chino.

Volví a reírme.

Ella cerró con cierta violencia.

Miró hacia el club y se decidió a volver. Seguramente pediría auxilio a cualquiera, menos a mí.

Yo abandoné mi observatorio y corrí para llegar a tiempo. Me deslicé silencioso, procurando que no fuese observada mi precipitación.

La vi llegar a través de la puerta.

Iba ciega. Había salvado rápidamente los tres escalones de mármol y empujó la puerta de cristal con violencia.

Salté ágilmente hacia atrás para evitar que me alcanzase con el golpe.

Ella penetraba como un torbellino manteniendo la mano delante para detener la puerta a su regreso, y casi me metió la mano en el estómago.

Tuve que saltar otra vez; di un respingo y dije sofriendo normalmente:

—¡No tocar! Peligro de muerte.

Se detuvo sorprendida.

—¿En dónde está el peligro de muerte, en ti o en mí? —preguntó.

—En ti. Das la impresión de que estás cargada de electricidad positiva.

—Eso es algo. ¿Y tú? —me preguntó con calma.

—¿Yo? No lo sé —respondí con expresión de ingenuidad.

—Lo suponía —dijo ella.

—¿Nos hemos visto antes? —inquirí en broma.

—Seguro que sí. Nos conocemos bien. Puedes seguir tu camino —dijo apartándose a un lado.

—Gracias, muy amable... ¿Puedo servirte en algo?

—Tú, no...

—Agresiva, enfadada... Cuando debía ser yo el agraviado.

—¡Vaya! ¿Por qué, puedo saberlo? —preguntó.

—Hace unos días me dejaste plantado en «Bellevue Hall». ¿O es que no lo recuerdas?

—Pues debe haberte sentado muy bien el quedarte así, porque estás más lleno, tienes mejor color... Y no te doblas, como aquella noche. Porque fue hace noches, no hace días —recalcó.

—Da lo mismo...

—A ti, sí. A mí, no —puntualizó inexorable.

—¿Casada ya? —pregunté.

—Aún no. ¿Por qué lo dices?

—Te noto extraña. Estás contrariada, como sí te sucediese algo...

—¿Sucedo «algo» únicamente a las casadas?

—Verás. El matrimonio tiene un montón de dificultades...

—Es de suponer, y estoy dispuesta a aceptar todos los inconvenientes que sean si encuentro un hombre decente, de mi gusto... Y si yo soy del gusto de él.

La observé como se mira una golosina, me relamí y dije:

—¡Seguro que eres del agrado de él!

—Espero serlo. Me cuido para eso, para cuando encuentre un hombre de verdad que no pretenda compartirme con las bebidas alcohólicas. Un hombre que no venga a ver lo que puede sacar... Me entiendes, ¿verdad?

Antes de que le pudiese responder, dijo:

—Porque tú, de tonto, no tienes nada.

Me desentendí de aquella especie de diluvio y le dije:

—Tengo la impresión de que te sucede algo y de que venías a pedir auxilio. A pesar de todo, puedo ayudarte.

—¿Por qué supones que me ocurre algo?

—Te vi salir disparada...

—¡Vaya! Me viste...

—Naturalmente. No puedes pasar desapercibida y menos para mí.

—Sabías que estaba en mi banqueta, en la número trece. Miraste, pero no quisiste verme. Luego te has hecho el enconradizo. ¿Qué truco te traes entre manos? —me preguntó.

—Ningún truco. Tenía ganas de verte y al mismo tiempo me daba vergüenza... —Comencé a decir.

—¿Vergüenza tú? —me interrumpió—. Tal vez el recuerdo de cuando eras pequeñito, porque otra cosa...

—Cómo te digo. Te fuiste como si estuvieses ofendida y decidí marcharme también. Sin ti, no hay aquí nada que me interese.

—¿Ni siquiera Gemma? —preguntó aludiendo a la chica del guardarropa.

—Sin intentar establecer comparaciones, es magnífica Pero tiene el mismo defecto que tú. Quiere casarse, y hace bien. Ella no tiene la mentalidad de nosotros, los artistas... No puede tenerla —me defendí.

No seas cínico. Además, tú no eres artista.

¿Cómo que no? Pinto, y nada de abstracto, ¿eh? Figurativo...

¡Y bien figurativo! —exclamó ella en tono peyorativo—. Te debiera dar vergüenza. Siempre el desnudo como si fuese una obsesión... Vamos a no hablar de eso.

De acuerdo.

¿No te ibas? Ya te puedes largar.

Me iba porque te fuiste. Pero ahora has vuelto y yo me quedo...

—Eres un repulsivo *«play-boy»*... —Me escupió despectiva.

Ella era así de sincera.

Además, entonces comprendí que tenía razón; y me avergoncé aunque me libré de decirle nada en tal sentido.

De acuerdo —admití—. Voy a variar.

—¿A qué no? —desafió.

—Me corregiré. Sencillamente, me aburre la vida estúpida que llevo...

Ni siquiera tienes la galantería de decir que lo haces por mí.

—Sería insincero. Me gustas, te admiro por tu limpieza moral, tal vez llegue a enamorarme de verdad de ti. Pero si me corrijo será porque la vida que llevo me aburre.

No se ofendió, sino todo lo contrario.

—Esa sinceridad tuya me gusta.

—Ya hay algo sano que nos une —dijo con sinceridad en aquel momento.

Estuve a punto de confesarle mi treta. Pero era demasiado para empezar mi enmienda y guardé silencio.

—Muy poco, tan poco que no sé si darte el más mínimo crédito —dijo.

—No te he pedido ningún crédito. Soléis pedir intereses que, como poco, rozan con la usura. Y soy enemigo de la usura y de quien la practica —dijo tranquilamente.

—Los millonarios podéis permitiros esos lujos...

—Vamos, di lo que sea. Estoy dispuesto a ayudarte generosamente. Tal vez mi desinterés sea mi mayor defecto y también mi mejor virtud, según se mire —dijo.

—Está bien. Mira lo que le pasa a mi coche. No arranca.

—¿Tiene gasolina? —pregunté en tonillo irónico.

—Tiene gasolina, aceite, agua...

—Está bien. Vamos allá...

Bajamos hasta su coche, alcé la cubierta del motor y eché un vistazo.

Aflojé las lámparas, toqué la bobina, moví la cabeza luego con aire pesimista y dije:

—Tendré que remolcarte.

Sabía que le daba horror ir remolcada.

—¿Qué sucede?

—Nada de importancia, pero habré de cambiar las lámparas, retocar la bobina y reponer una pequeña pieza que se ha quebrado

—dije señalando para el «delco».

Para ella todo aquello era una especie de jeroglífico.

—¿Y hay que remolcarlo? —preguntó.

—Puedo llevarte a tu casa, cenas, te recojo luego y volvemos con las piezas. Tengo de todo...

Me miró con expresión inquisitiva. No terminaba de fiarse y yo señalé un gesto de indiferencia.

—Está bien —admitió—. Recuerda que llevo pistola. Abrió el bolso y me la mostró.

—Yo, no —dije.

Poco después se instalaba a mi lado en mi «Saeta Plateada», a la cual hice marchar a moderada velocidad.

Había anochecido... Y de pronto oímos el ruido de una ráfaga de pistola ametralladora. Algunas balas silbaron demasiado cerca.

CAPÍTULO II

El lugar en donde se producían los disparos estaba pésimamente iluminado, hasta el punto de que aún vimos destellar algunos fogonazos.

Vimos caer a una persona, una mujer, dándonos la sensación de que estaba mortalmente herida.

Maniobré rápido, mientras Belle, con un valor del que no la creía capaz, desenfundaba su pistola.

Enfoqué el lugar de donde salían los disparos, tratando de deslumbrar al asesino.

Había un automóvil con las luces apagadas. Y los disparos los hacía el hombre que iba al volante y que mantenía el vehículo parado aunque con el motor en marcha.

Logré enfocararlo cuando disparaba aún.

Y tanto Belle como yo pudimos ver perfectamente sus facciones distendidas en un gesto de insana satisfacción, primero; de infinita crueldad, después; para pasar, sin transición, a la furia cuando se vio descubierto.

Contrarrestó mi maniobra lanzándonos los potentes focos de su automóvil, enorme, veloz.

E inmediatamente, sin dejar el volante, nos dedicó una ráfaga de su pistola ametralladora, la cual manejaba con seguridad de profesional, de hombre habituado a su uso.

Las primeras balas destrozaron las luces de mi automóvil.

Belle disparó su pistola.

Pero el arma, de poco calibre, no me dio la impresión de que pudiese inquietar al asesino, a pesar de que la rubia parecía conocer bien su manejo.

La siguiente ráfaga fue más alta y yo obligué a Belle a ocultar la

cabeza.

Mi automóvil iba lanzado tratando de esquivar la rociada de proyectiles y yo sentí un leve choque.

Por unos instantes debí perder el conocimiento.

Fue algo rápido, instantáneo, pero que puso en peligro nuestras vidas al quedar el automóvil sin dirección.

Se oyeron los silbatos de alarma de la policía.

Bell, se apoderó del volante a tiempo de evitar la catástrofe y disparó nuevamente, buscando las ruedas del automóvil del asesino, dispuesta a obligarle a detenerse.

Falló las ruedas, pero le apagó los dos focos que nos cegaban.

Aquello, la conciencia de que la chica podía acertar a las ruedas y la proximidad de la policía, obligaron seguramente al asesino a maniobrar con rapidez, abandonando el lugar a una velocidad suicida.

Aún tiró contra mi automóvil, produciendo el reventón de una de las ruedas.

Y no sucedió lo irreparable gracias a la serenidad y a la pericia de Belle, que fue capaz de frenar y evitar el volquetazo.

En el último instante la ayudé yo de forma intuitiva.

Me llevó la mano al lugar en donde había percibido el golpe.

Una bala, rebotada seguramente de la carrocería del auto, me había rozado el arco superciliar derecho.

Afortunadamente había sido solamente un roce que se había llevado un pedazo de piel. Y el leve choque había resultado suficiente para dejarme inconsciente tal vez un par de segundos, no más; posiblemente, ni eso.

Saltamos del automóvil para correr en auxilio de la persona que había caído a los balazos del pistolero.

Éste dio la impresión de que espiaba, a pesar de hallarse ya a cierta distancia, y disparó una nueva ráfaga.

La presentí, tiré de Belle y me arrojé al suelo con ella.

Las balas mordieron cerca de ambos con el consiguiente peligro para nuestra integridad física.

Para mí fue un momento delicioso, al sentirla cerca de mí, protegiéndose con mi cuerpo.

Fue maravillosamente limpio, no vayan a pensar mal. Comprendí que yo había anunciado un cambio y que éste se iba a

realizar. El hecho del criminal fugitivo me iba a ayudar.

Hube de ayudar a Belle.

Temí que estuviese tocada y se lo pregunté.

—No. Me he enredado un poco... Vamos teniendo suerte.

No había soltado la pistola.

Cuando llegamos junto a la víctima comprobamos inmediatamente que estaba muerta.

Era una mujer morena, bien parecida, vestida de luto riguroso y cuya edad podía estar entre los cuarenta y seis y los cincuenta años.

No había lujo en su indumentaria, pero la ropa era buena.

Ella daba la sensación de ser extranjera, tal vez italiana, tanto por su tipo como por su forma de vestir.

Llamamos la atención de la policía, que se acercaba.

Llegaron dos motoristas y un coche patrulla al mismo tiempo.

Y poco después dos policías más a pie.

En el coche patrulla iba un sargento. Era el de más categoría según me pareció y me dirigí a él para hacerle un relato de lo sucedido antes de que me preguntase.

Fui breve y concreto.

Comencé por dar los datos necesarios para que pudiesen iniciar la persecución del asesino, y los dos motoristas salieron disparados.

Un ayudante del sargento, de acuerdo también con los datos que di, se puso en contacto por teléfono con la central para que se taponasen por el servicio volante de policía todas las posibles salidas del asesino.

Terminado el relato, el sargento sonrió al dirigirse a Belle.

—Puede guardar su pistola, señorita. Entre nosotros está segura. Espero que tenga la correspondiente licencia —dijo con cierto sentido del humor.

—La tengo. Perdone, sargento. Me he asustado y más que eso, me ha angustiado ver cómo tiraban contra una pobre mujer.

Yo había hecho una descripción del asesino y Belle había estado de acuerdo conmigo.

No es fácil que una mujer esté de acuerdo con un hombre, pero se produjo el milagro. Era un buen augurio para nosotros.

—¿Serían capaces de reconocerlo si lo volviesen a ver?

—Seguro que sí —afirmé.

—¿Aunque fuese en fotografía?

—Depende de la fotografía. Aunque espero que sí.

—¿Pueden venir con nosotros ahora? —preguntó el sargento.

Miré para mi magnífico bólide plateado, sin faros, con una rueda reventada y necesitado de algún otro repaso.

Y dije:

—Por mí no hay inconveniente, si nos acompañan hasta el «Estudio 13» y recogemos el coche de la señorita Seldon.

—Pero tenías que cambiar unas piezas —dijo ella.

—Espero poder ponerlo en marcha aunque sea poniendo algunas del mío.

—Les llevaré. No está lejos —dijo el sargento.

Vi que iba a comunicar de nuevo con jefatura y dije:

—Mientras usted habla, yo voy a mi coche a tomar lo que necesito para poner en marcha el otro.

Para que Belle no descubriera mi travesura, le pedí:

—Quédate aquí. Regreso enseguida.

Naturalmente no tomé nada de mi coche, aunque fingí que lo hacía, comenzando por alzar la cubierta del motor.

Quedaron dos policías de guardia junto al cadáver, mientras el sargento, Belle y yo regresábamos al club, en el cual no llegamos a entrar.

Una vez junto al descapotable de Belle, alcé la tapa del motor, ajusté la pieza que le había quitado, apreté las lámparas, retoqué lo que correspondía a la bobina y poco después Belle comprobaba con satisfacción que su auto funcionaba bien.

Me sonrió. En aquel momento creo que hasta me hubiera besado. Pero estaba el sargento y me perdí el beso.

Me resigné. No lo merecía, sino todo lo contrario. Pero ella era incapaz de pensar que yo le había hecho una travesura.

Invité al sargento a un trago. Trató de resistirse, pero le hice ver que tendríamos que aguardar junto al cadáver de la víctima, la cual no habrían retirado aún.

Y se sometió.

Lo llevé hasta el guardarropa para que dejase la garra y se fijase de paso en Gemma.

Yo compré tabaco otra vez.

El sargento Coleman tenía buen aspecto, era joven y tuve la impresión de que además era soltero.

Cuando dejamos el dominio de Gemma para ir a la barra, comentó Coleman:

—Es una linda morucha.

—Y una chica estupenda —aseguré—. Está ahí porque es de las buenas. O se casa o nada.

Belle me atizó un pellizco que casi me levantó en vilo.

* * *

Con el tiempo empleado en el bar, cuando pasamos por el lugar del suceso ya se habían llevado mi coche, sobre el cual, desde el club, había dado orden a un garaje para que se lo llevaran.

Se disponían también a retirar el cadáver de la víctima.

Había sido identificada.

Se llamaba Giovana Varesse, era italiana y tenía cincuenta y dos años, aunque no lo aparentaba.

Era madre de un «gángster» llamado Tulio Lombardi, que había sido encontrado muerto en circunstancias no muy claras hacía un par de semanas.

Lombardi, aunque nacido en Italia era norteamericano. Y según me informó el propio sargento Coleman, Lombardi había sido la mano derecha de otro famoso «gángster» que había muerto carbonizado en su auto hada una semana escasa.

—Un tal Frank Kendall —dijo Coleman—. De ascendencia italiana por parte de madre. Su padre había sido un buen peso pesado que trabajó además en el puerto de Nueva York.

Ya había oído hablar de Kendall y también de Tulio Lombardi, dos casos recientes de los cuales se había ocupado la prensa últimamente.

La banda de Kendall, fracasada en un negocio de contrabando que había tenido que abandonar en manos de un competidor más fuerte, había logrado un éxito posterior al llevarse dos millones de dólares cuando los trasladaban de un banco a otro.

Después de esto la banda, acorralada, se había desmoronado de manera un tanto misteriosa, como segada por una mano invisible.

Sus miembros habían ido cayendo, pero ninguno vivo; y sólo dos de ellos habían muerto luchando contra la policía cuando había ido a detenerlos.

Las denuncias, hablando del escondite de ambos, habían sido anónimas, rodeadas de cierto misterio.

Pero habían resultado ciertas.

—Algo extraño, muy raro es todo esto —dijo Coleman.

—¿Qué podía tener que ver la madre de Lombardi en todo eso? —pregunté a Coleman.

—¿Quién sabe?

—¿Cree usted que podía ser cómplice de su hijo?

—No lo creo. Pero me veré obligado a averiguarlo —respondió.

Cuando poco después, en jefatura, nos enseñaron ficha tras ficha, llegamos a localizar al asesino. Lo hicimos Belle y yo al mismo tiempo, de manera impulsiva.

—¡Ése es! —exclamamos a coro.

—¿Ése? Pues se trata de Frank Kendall, el hombre que murió carbonizado hace una semana, en su propio automóvil —nos informó un teniente.

Belle estuvo a punto de desmayarse.

CAPÍTULO III

Llevé a Belle a la pequeña villa que ocupaba en Beverly Hills. Vivía allí con unos tíos lejanos y una doncella negra.

La tía llevaba la casa, el tío cuidaba del jardín y sus automóviles, al par que significaba la presencia masculina en la villa.

La doncella negra resaltaba por su belleza, una belleza que era estilo y armonía, auténtica gracia, pero a la que no me atrevía a mirar por miedo a las represalias.

Porque yo, sobre todo en materia de mujeres y más cuando son como aquélla, no estoy de acuerdo en absoluto con la discriminación racial.

La belleza no tiene raza.

En cuanto a los hombres, me importa su espíritu, no el color de su piel, ni la forma de su cráneo, ni tampoco la cantidad de su calcáreo.

Por tanto no admito tampoco la discriminación racial.

Hago esta digresión porque Belle me acusó de «play-boy». Es posible que realmente peque de frívolo porque mi fortuna me permite vivir sin preocupaciones.

Pero quiero dejar bien sentado que no estoy deshumanizado y que siento los problemas de los demás.

Y hasta me gustaría poder resolver muchos de ellos.

Belle, en su casa, tomó un tranquilizante, se duchó y cambió de ropa, vistiéndose adecuadamente para ir a cenar a un restaurante.

Yo, en lugar de un tranquilizante, tomé ginebra con hielo y unas gotas de limón.

Escuché pacientemente el relato de las hazañas deportivas del tío de Belle. La rubia merecía que se sacrificase uno.

Vi pasar en tres ocasiones a la doncella negra, contoneándose

graciosamente y sonriendo.

Llevaba muy poca ropa. Y era una espléndida compensación a la tabarra que estaba aguantando.

Al fin salió Belle. Vestida con maravillosa sencillez en azul pálido que realzaba su belleza rubia.

Algunas joyas. Pocas, pero de clase y buen gusto. Poca ropa y ajustada. Espléndida, de verdad.

Tuve que echarme al colete otro trago de ginebra, para disimular; en aquella ocasión, sin hielo ni limón; no había tiempo para tanto.

Fuimos a la villa en donde residía yo. Había sido de mis padres y era mía. Amplia, moderna, pues la habían hecho construir poco antes de morir en un accidente no hacía aún diez años.

Tenía dos piscinas, una de ellas, magnífica. Un parque-jardín estupendo. Y estaba situada en uno de los más bellos barrios residenciales de Los Ángeles.

Se necesitaba bastante servidumbre para mantener aquello en orden y yo había conservado la que tenían mis padres. Tres mujeres y dos hombres, fieles, y todos mayores que yo.

Yo terminé enseguida, vistiéndome adecuadamente para ir a cenar.

Belle y yo no habíamos hecho comentario alguno.

Pero la conversación sobre lo sucedido se suscitó una vez en el restaurante, cuando una amiga de ambos me preguntó por lo sucedido en el arco superciliar.

Bromeé al responder:

—Me encerré en una jaula con un tigre y no esquivé bien uno de sus zarpazos.

—No se puede hablar contigo. Estás siempre de broma —respondió la chica, una linda morena.

Nos dejó solos pues la reclamó su acompañante, rico, y gordo, muy gordo. Pero la joven estaba dispuesta a «sacrificarse».

—Supongo que Frank Kendall no habrá abandonado su tumba para asesinar a la madre del que fue su mano derecha —dijo Belle.

—Tranquila. Seguro que no. Nadie vuelve del otro mundo. Ni malos, ni buenos —respondí.

—¿Tendrá algún hermano gemelo? Porque era exacto... El que vimos, un poco mayor que el de la fotografía; pero si se tiene en

cuenta que habían pasado tres años de ella...

—Me informé. Kendall no tenía ningún hermano ni gemelo ni no gemelo. El que hemos visto es el propio Kendall, Frank.

—Pero si murió carbonizado... —Opuso ella.

—No murió carbonizado. Tuvo que ser un truco...

—¿Un truco? —preguntó reflejando vivo asombro.

—Un truco criminal. Con toda seguridad colocaron en el automóvil, bien un cadáver, o una persona con vida cuyo cuerpo tenía características semejantes a las de Frank Kendall.

—¿Se sabe de alguien que haya desaparecido en esos días, que haya podido servir para sustituirle?

—No. La policía está investigando. Ha cursado comunicaciones a todos los estados. Y ha tomado cartas en el asunto la policía federal puesto que el robo cometido contra un banco, es de competencia federal.

—¡Ya!

—Lo mismo sucede con los secuestros. Son considerados delitos federales.

—¿Así pues, crees que el asesino de esa señora es el propio Frank Kendall?

—Sí.

—¿Por qué la habrá matado?

—No lo sé, querida. Pero espero que lo iremos sabiendo. ¿Qué tal si olvidamos el suceso y cenamos tranquilamente?

Guardó silencio a mi proposición.

Pero dijo al cabo:

—Es imposible olvidar el suceso.

—Piensa un poco en mí y tal vez no te sea difícil lograrlo. Yo necesito tu atención —dije.

Se enterneció.

—¿De verdad que me necesitas?

—¿Es que no te lo dice tu maravillosa intuición? ¿Ese instinto maternal que poseéis las mujeres? —le pregunté.

Me miró con expresión desconfiada.

Prosiguió su cena sin demasiado apetito mientras yo demostraba que las emociones no me afectaban en tal sentido, como no fuese para darme más gana.

—Cena o te vas a poner fea y sería horrible, ahora que estoy

meditando en la posibilidad de casarme contigo.

—Vas pensando en la probabilidad de casarte conmigo... Así como quien hace un favor, ¿no? —preguntó comenzando a enfadarse.

—Nada de eso. Es una cosa con la que no había contado y ahora la admito. Me has sorprendido y creo que me estoy enamorando de ti. Antes me gustabas, pero no pasaba de ahí.

Yo era sincero en aquel momento.

—Eso ya es algo —dijo ella.

—Te debo sinceridad. Me gustabas como ninguna, también es cierto. La prueba es que he ido al club por encontrarte.

—Eso no lo has hecho jamás por otra —dijo en plan burlón, aunque en el fondo vibraba una nota emocionada.

—Tú lo has dicho. Jamás había hecho nada semejante por ninguna.

Terminábamos de cenar, incluso los postres.

Y propuse:

¿Bailamos?

Tal vez sirva para aturdirme un poco; el champaña no lo ha logrado.

—No pretendo que te aturdas, sino que te diviertas, que te emociones un poco —dije, ciñéndola con mi brazo derecho por la cintura.

Se dejó llevar y yo la fui acercando a mí, poco a poco, experimentando una deliciosa y limpia emoción.

Tuve la sensación de que me la iba ganando, de que lo sucedido nos iba acercando el uno al otro.

Belle era una actriz que comenzaba a ser famosa en el círculo cinematográfico y su fama se reflejaba en el otro mundillo que nos rodeaba a ambos.

Uno de los botones del restaurante interrumpió nuestro baile para decirle:

Señorita Seldon. La llaman por teléfono.

¿Quién es?

—No lo ha dicho. Asegura que es muy importante.

—¿Hombre o mujer? —pregunté yo.

El botones me apreciaba en razón directa a mis propinas y las últimas habían sido buenas.

Y se apresuró a informarme tras disculparse con Belle con una mirada.

—Es un hombre. Y no parece simpático —añadió.

—¿No ha dicho si era algún director?

—No. Sólo que era importante.

Tuve un presentimiento.

—Yo iré. Y a menos que sea verdaderamente importante y personal, te excusaré —propuse a mi rubia.

—Iré, aunque puedes acompañarme —dijo.

Tuve la impresión de que ella había tenido un presentimiento semejante al mío.

El chico nos señaló la cabina y entramos juntos en ella.

Yo me coloqué tan cerca como pude de Belle, para no perder la conversación.

—¿Sí? —preguntó ella sin poder evitar cierto nerviosismo en la voz.

—¿Belle Seldon?

Le molestó a la rubia la forma confianzuda, autoritaria, que empleaba el individuo y aquello la hizo reaccionar, diciendo en tono firme:

—Para usted la señorita Seldon. Hasta ahora no se ha presentado. Ni siquiera sé si debo hablar con usted.

Siguió un breve lapso de silencio. Al fin dijo el misterioso comunicante:

—No estoy para etiquetas. Debe hablar conmigo. Y conviene que escuche ese jovenzuelo que la acompaña.

La referencia a mi persona la hizo en tono despectivo. No me molestó pensando en su procedencia.

Pero tomé el tubo del micro de manos de mi rubia y dije al individuo:

—Este jovenzuelo está dispuesto a romperle la cara si es usted hombre para darla, cosa que dudo.

Le debió sorprender porque estuvo silencioso durante segundos, diciendo al fin:

—Dé gracias a que tuvo suerte hoy.

—La próxima vez no me encontrará desarmado, asesino —respondí.

—Es lo mismo. Las pistolas que no salen de su funda ofrecen

poco peligro. Y no le daré ocasión de que airee la suya —respondió.

—Soy lo que me conviene ser —respondió mostrándose más dueño de sí mismo.

—Escupa el veneno, reptil —le pedí.

Mi rubia me miraba asustada.

Para calmarla le pasé mi brazo derecho por la cintura. Y me estremecí a su contacto. Era maravillosa, una verdadera tentación.

—Ustedes van a ser buenos chicos, les conviene. No me conocerán, pase lo que pase, les pongan delante lo que sea.

—No le conocemos —respondí.

Miré significativamente a mi rubia.

—Yo desapareceré para no hacerles quedar mal. Ustedes colaboran y yo les ayudaré —dijo mostrándose irónico.

No quise ser menos y respondí:

—Muchas gracias. Da gusto encontrar seres comprensivos en el mundo.

—Nos conviene a todos... Vigilaré desde la sombra. No quiero que tengan un fallo, ni el más mínimo fallo.

—Procure ayudarnos desapareciendo pronto. La señorita Seldon disparó y la policía llegó a pensar que había sido cosa de ella, lo de esa buena señora.

El asesino rió, dando la sensación de que se sentía aliviado. Comprendí que él nos temía.

Dijo:

—Es el chiste más bueno que he oído en mi vida.

Yo estaba convencido de que Kendall nos temía. Y precisamente por eso debería resultar más peligroso.

Aunque quería evitar que se conociese, se percibía que se hallaba en la situación de una fiera acorralada.

—Después del chiste va lo serio —dije.

—No me importa lo serio... —Opuso.

—Le interesa. Y escuche. No se ponga al alcance de mi pistola. Tiro bien y en adelante iré armado. No me gusta tener asesinos a mí alrededor y menos cuando sé que no vacilan en tirar por la espalda.

Yo pretendía que mis palabras le causasen la máxima impresión y para lograrlo, corté la comunicación enhorquillando el tubo.

Y luego aguardé casi medio minuto, por si volvía a llamar.

No lo hizo y me di por satisfecho.

—Vamos, rubia. Puedes vivir tranquila.

Salimos de la cabina y la llevé, siempre de la cintura, hasta reintegrarnos a la pista de baile.

Pero, ella estaba demasiado preocupada. Regresamos pronto a la mesa.

—¿Cómo sabía Kendall que estábamos aquí? —me preguntó.

—Tal vez nos ha seguido... —dije.

—¿Y no nos hemos dado cuenta?

—En lo sucesivo iremos con más cuidado —prometí—. Es posible también que le haya ayudado la suerte...

—¿Crees que anda merodeando por ahí...? Sería muy arriesgado para él.

—Voy a llamar a tu casa. Tal vez preguntó y le dijeron que estabas aquí.

Lo hice. El tío de Belle confirmó mi suposición; me dijo:

—Llamó ese director y le dije que la podía encontrar ahí.

—En lo sucesivo no le dirá a nadie en dónde la pueden encontrar. A menos que esté seguro de quién es la persona que llama y sea de confianza. Dígaselo a su señora y a la doncella para que lo tengan en cuenta —ordené.

—Lo haremos así, Dick —prometió sin preguntarme por los motivos que tenía para dar semejantes instrucciones.

Al reunirme con Belle le di cuenta de lo que había ordenado Y añadí:

—Corro verás, no hay ningún misterio. El hombre te había conocido, parece que se enteró donde vivías y preguntó dónde te hallabas...

No me gusta eso...

Ni a mí tampoco. Pero no debes preocuparte con exceso. Harás tu vida normal. Lo único que cambiará en ella será el hecho de que me convertiré en tu acompañante, hasta que haya pasado todo...

—Él ha dicho... —comenzó a oponer.

—No te fíes de lo que haya dicho. Ha querido confiamos —opuse yo, seguro de lo que decía.

—¿Entonces corremos peligro? —preguntó volviendo a reflejar miedo.

Exactamente. Pero debes volver a ser la chica valiente de cuando él tiró contra la vieja.

—¿Así pues, crees que quiere suprimimos como posibles testigos contra él? —preguntó.

Lo considero seguro.

¿Creerá que no lo hemos descubierto en su verdadera personalidad ante la policía y trata de evitar que lo hagamos?

Es casi seguro.

—No tardará en enterarse que su truco no le vale —dijo.

—De todas formas intentará barremos. Tal vez la madre de Tulio Lombardi era de las que le podían reconocer y la ha asesinado simplemente por eso. ¿Crees que nos va a perdonar a nosotros? —pregunté.

No, claro...

—No lo digo para que te asustes, pero debes mantenerte vigilante. Y yo tendré trabajo por primera vez en mi vida. Seré tu guardaespaldas... ¡Y pobre del que se te acerque! —dije en tono de broma.

Ella no estaba para bromas y exclamó:

—¡Tengo miedo, Dick!

—Pues escúdate en mí, querida. Te protegeré con todas mis fuerzas. Si quieres, vamos, nos casamos esta misma noche y ya no te abandonaré en ningún momento.

—Puedes quedarte en mi casa sin necesidad de que nos casemos. No quiero que te sacrifiques tanto —dijo, entonces con expresión de travesura—. Tengo una habitación para ti, independiente y con cuarto de baño.

CAPÍTULO IV

Del restaurante en donde habíamos tenido el contacto telefónico con el «gángster», fuimos a un teatro.

Vimos una revista con buena música ligera, estupendas bailarinas y graciosos chistes.

Belle pareció olvidada de todo y hasta llegó a recriminarme que me fijaba demasiado en las chicas.

—Es lo mío.

La enlacé por la cintura, la atraje y le pellizqué en una oreja con dos de mis dientes, obligándola a respingar.

Aquello la convenció.

Fuimos luego a una sala de fiestas en la que estuvimos poco rato.

Cuidé de asegurarme en todo tiempo de que no nos seguían, de que no había nadie sospechoso en torno a nuestras personas.

—Estoy cansada. Y ya sabes que debo levantarme temprano —dijo la rubia.

Era uno de mis deseos, cansarla para que luego durmiese relativamente tranquila.

—Está bien, vamos. Si no tienes nada que oponer, pasaremos por mi casa a recoger lo que necesito.

—¿Decidido a quedarte en la mía? —preguntó con cierta picardía.

—Sí.

—El cuarto de baño no tiene comunicación con mi alcoba —aseguró para que no me llamase a engaño.

—No seas maliciosa, rubia. Con todos mis defectos soy de los que van derecho a las cosas.

—Prefiero que seas así —dijo seriamente—. Pero yo no quería

luego dar ocasión a equívocos.

—Y ya te he dicho que si quieres, nos casamos ahora mismo. Estoy enamorándome de ti y me gustas de siempre.

—Prefiero que te enamores del todo. Tengo mi amor propio...

—Nada que oponer, rubia. Aunque no lo creas, yo lo deseo así también.

No quería dejar nada al azar.

Empleé la fórmula de la célula fotoeléctrica para abrir la puerta de hierro del parque-jardín de mi villa, sin tener necesidad de apearme del vehículo ni llamar a la servidumbre, los miembros de la cual debían estar ya durmiendo tranquilamente.

Barri con los focos de mi automóvil en todas direcciones de la manera más inesperada.

No vi nada que resultase sospechoso.

—¿Temes algo? —preguntó Belle.

—Cuando se tiene enfrente un enemigo acorralado de la clase de Kendall debe estar uno prevenido.

Aquello la convenció.

Monté la alarma de que disponía el automóvil que había sacado aquella noche.

Si intentaban robarlo o colocar algún explosivo, aparte de dar la alarma, los que se acercasen se llevarían un susto más que regular.

—¿Han atentado en alguna otra ocasión contra ti? —me preguntó asombrada.

—Me robaron un coche una vez. Lo recobré. Otra vez, un fulano, despedido porque una pelirroja me prefirió a mí, me quiso hacer volar por los aires poniéndome un explosivo. Tuve suerte...

—¿Qué sucedió...? —preguntó intrigada.

—Se descuidó y voló él; lo sentí por el coche, que quedó destrozado. Era mi auto favorito... Y menos mal que lo tenía asegurado.

Entramos en la casa.

Encendí las luces del «hall», señalé para el bar y dije:

—Sírrete lo que quieras. Te recomiendo la tónica con *gin*.

—¿Quieres otra?

—A mí me pones *gin* con tónica... —pedí.

Rió con mi broma.

Penetré en mi alcoba y comencé a buscar lo que necesitaba.

De improviso interrumpí mi tarea, impulsado por un presentimiento y comencé a descender rápida y silenciosamente las escaleras que conducían al «hall».

Llegué a tiempo de descubrir a dos hombres que sigilosamente salían de la biblioteca, situada cerca del mueble-bar en donde se hallaba Belle preparando las bebidas.

Ella no se había dado cuenta de la presencia del solapado enemigo.

Uno de ellos llevaba una media dispuesta para emplearla en estrangular a mi rubia.

El otro llevaba en la mano derecha un cuchillo automático, cuya hoja quedaba escondida aún.

Estaba claro que deseaban evitar toda clase de ruido, también que el segundo estaba dispuesto para proteger al estrangulador.

No daban la sensación de ser «gángster» vulgares, sino dos luchadores de los que se debía contar con ellos a la hora de la verdad.

Bajé en silencio, sin que la escalera me traicionase con uno de esos crujidos inoportunos que guardan para tales ocasiones.

Me situé a espaldas del cuchillo automático y saludé correctamente:

—Buenas noches. Lamento interrumpirles...

No me dejaron terminar. Se volvieron los dos a velocidad supersónica.

Belle hizo lo propio, desorbitada la mirada por el asombro, abierta la boca como disponiéndose a gritar.

Comprendió la rubia que era inútil gritar y permaneció silenciosa, quieta, a la expectativa, para ayudarme si lo precisaba.

Casi no la veía, atento a los dos enemigos, pero adiviné todo aquello. El del cuchillo me atacó repentinamente tras oprimir el muelle que debía dejar al aire la hoja.

Su golpe fue dirigido a mi yugular, con una trayectoria que resultaba difícil de evitar.

La evité saltando ágilmente hacia atrás y lo atrapé por la muñeca antes de que pudiera reponerse de su fallo.

Lo sometí a una rápida y violenta torsión que le obligó a soltar el arma.

Luego empujé con fuerza y rapidez pero él se resistía a mi

impulso, demostrando que estaba bien de reflejos.

Pero yo tiré de pronto, aprovechándome de su fuerza de resistencia y me resultó fácil arrancarlo del suelo.

El otro comprendió que la media le podía servir de muy poco en un momento como aquél y echó mano a su axila izquierda dispuesto a desenfundar una pistola.

Comprendí que la muerte, para uno o para otros, podía ser cosa de décimas de segundo.

Volteé al que había apresado, sin que él pudiese evitarlo. Aunque sea inmodestia, soy un buen judoka.

Vi que el otro aireaba la pistola.

No podía ver a Belle, pero sabía que ella, como luchadora, no era de las buenas.

Me sorprendió, sin embargo, con un lanzamiento sorprendente.

Lo hizo con una botella que lanzó con fuerza a la cabeza del que había sacado la pistola.

El hombre se tambaleó al golpe, pero no soltó el arma.

Sin embargo la actuación de Belle me hizo ganar esa décima de segundo que yo necesitaba, que me podía dar la victoria.

El «gángster» del cuchillo salió disparado de mi mano y fue a estrellarse contra el otro.

Dieron cabeza contra cabeza en un choque violento, brutal casi.

El ruido de los huesos al chocar resultó hiriente, molesto para personas de fina sensibilidad como Belle y yo.

Y los dos hombres cayeron, quedando en posturas que resultaban risibles y casi inverosímiles.

Quietos, muy quietos.

No me pareció que estuviesen muertos, pero estaba claro que tenían para un buen rato.

—¿Qué ha sucedido?

—No lo sé —respondí—. Pero tuve un presentimiento. Una vez arriba recordé que había notado un olor que no era corriente en mi casa. Era olor a cuerpo humano y no correspondía a ninguno de mis sirvientes.

—¿Cómo puedes apreciar una cosa así? —me preguntó.

—No puedo tolerar los malos olores y hace tiempo hice comprender a mis servidores que debían usar la ducha, el cuarto de baño y los perfumes. Les doy un suplemento de sueldo para higiene.

Belle rió de buen grado.

Después del susto, su capacidad emocional se desbordaba.

—¡Eres extraordinario! —exclamó.

—Yo me tengo por un hombre normal. Me molestan los malos olores y no los quiero a mi lado. La servidumbre está bien pagada, pero no como para poder derrochar. Entonces yo les doy ese suplemento y no se pueden negar a algo que es razonable.

Le tendí las manos.

—Mis felicitaciones. Has estado magnífica. Espero que no haya sido la botella de la ginebra —dije.

—Ha sido precisamente esa botella —me respondió.

Al notar mi gesto compungido se apresuró a decir:

—Pero no temas. La había servido ya en los vasos. Y he comprobado que hay otra sin empezar.

Me aproveché para abrazarla al tiempo que la felicitaba. La chica era una auténtica tentación y estoy seguro de que cualquier hombre hubiese hecho lo mismo.

Fue ella la que deshizo el abrazo después de un par de minutos, al advertir que yo iba progresando.

—Yo también te quiero y me gustas. Habrás comprobado que no soy de piedra... Y por lo mismo nos conviene refrescar.

Suspiró. Y sonrió luego con graciosa picardía.

Ellas son así, y así hay que tomarlas.

Se dirigió, contoneándose graciosamente, el mueble-bar para terminar de componer su tónica con ginebra y mi ginebra con tónica.

Yo fui hasta un búcaro de flores, corté dos de ellas y regresé, poniéndole una a cada uno de los vencidos.

Y luego, para mayor seguridad, los até concienzudamente.

Seguidamente tomé el teléfono y llamé a la policía del distrito. Una vez viniesen, ya comunicarían con el sargento Coleman y el teniente Pierce, que se habían hecho cargo del caso Kendall en relación con el asesinato de la madre de Tulio Lombardi.

Bebimos tranquilamente, mirándonos a los ojos mientras puse en un tocadiscos la sonata «Claro de Luna» de Beethoven.

Me entusiasmaba, y oyéndola me sentía más cerca de mi rubia, de forma limpia y apasionada a la vez.

Tardó la policía.

Cargamos de nuevo los vasos y en el tocadiscos giró la «Apasionatta», también del excelso Beethoven.

Nos habíamos sentado Belle y yo, el uno junto al otro, habíamos dejado el «hall» a media luz, y yo pasé mi brazo derecho por su cintura.

Nos besamos sin importarnos que los dos intrusos pudieran vernos. Pero no miraban, dormían aún.

Rompió el encanto del momento la llegada de la policía. Afortunadamente terminaba ya la «Apasionatta».

Al encender las luces, los dos presos abrieron los ojos.

Comprendí que no habían fingido, que el golpe recibido había sido terrible.

Con cabezas menos duras que aquéllas, habría podido resultar mortal.

Llegó un sargento con varios policías más, y yo informé al hombre de lo sucedido y de los antecedentes.

—Me pondré en contacto con el teniente Pierce por si quisiera interrogarles —dijo.

Invité a los policías y serví un trago a cada uno de los granujas. A fin de cuentas ellos iban a verse privados de muchas cosas agradables durante largo tiempo.

—Bueno, muchachos. Mi hospitalidad termina aquí.

—Voy a procurar que la que os ofrezca el Estado dure el máximo de tiempo. Dos sucias ratas traidoras como vosotros no merecéis nada mejor —dije.

Les sorprendió mi expresión después del obsequio.

—¿Quién os dio el encargo? —preguntó el sargento.

—No digáis que entrasteis a robar porque no puedo resistir los embusteros —dije yo.

—Es cosa de Frank Kendall. Estas repugnantes alimañas tenían la misión de limpiar el camino a Kendall —intervino Belle.

—¡No hay nada de eso! Kendall ha muerto —dijo uno de los asesinos.

—Lo dijo la prensa —añadió el otro.

—¿Quién os dio el encargo? —pregunté.

—No fue Kendall. A él lo conocíamos bastante bien.

—¿De qué? —pregunté.

—Hicimos tiempo atrás algunas «chapuzas» para él —respondió

uno.

—¿Qué clase de «chapuzas»? —preguntó el policía.

—Necesitamos un abogado. No hablaremos sin que él nos oriente. Tenemos derecho a ello.

Aquello significaba que las «chapuzas» eran algo que revestía gravedad.

—Seguro que él habló más de la cuenta y el individuo que nos obligó a hacer «esto», lo sabía. Por eso nos convenció. Ha sido un sucio chantaje —dijo uno.

—¿Estás seguro que no era Kendall? —pregunté.

—Seguro...

Recibí la impresión de que decían la verdad. Y aquello significaba que Kendall no estaba completamente solo.

—Pondremos todo en claro, señor Madison —me prometió el policía—. Y le tendré al corriente de lo que haya. Se despidieron, llevándose a los dos «gangsters».

Yo preparé mis cosas rápidamente y poco después salimos hacia la villa de Belle.

Resultaba peligroso quedarse en la mía teniendo el tocadiscos con la «Apasionatta» al alcance de la mano.

Y más, teniendo en cuenta la cantidad de emociones que nos había tocado vivir en muy pocas horas y que nos iban lanzando al uno en brazos del otro.

CAPÍTULO V

Por si había alguna duda, tan pronto leí la prensa de la mañana quedó claro que no había lugar para descuidos.

Había sido encontrado muerto un hombre, en circunstancias misteriosas, pero que olían a asesinato queapestaba.

El teniente Pierce estaba vivamente interesado en la criminal actuación de Kendall, y llevó a «la morgue» a los dos hombres que habían sido detenidos en mi villa.

Ellos reconocieron en el muerto al hombre que les había dado el encargo de asesinar a Belle y a mí.

Estaba cada vez más claro que Kendall se iba librando de la gente una vez que le habían servido.

Y también que los dos detenidos se habían salvado de la muerte gracias a eso. A que yo los había apresado.

Yo estaba en el bar del estudio, aguardando a Belle para desayunar juntos.

Pero tan pronto hube leído la prensa me trasladé al «plateau» mismo, dispuesto a evitar que se produjese cualquier sorpresa.

El dinero que Kendall había robado con sus hombres, no había sido recuperado ni en su totalidad, ni en parte.

Lo cual significaba que el «gángster» disponía de bastantes dólares; y quien tiene dinero mueve a la gente a su gusto, según se ha demostrado más de una vez, y no solamente en la baja esfera en donde Kendall se desenvolvía.

Cuando Belle me vio aparecer por el «plateau», precisamente en un momento en que se había interrumpido el rodaje de una escena en que ella tomaba parte, intuyó que las cosas no iban bien.

Se acercó a mí.

—¿Qué sucede ahora?

—Tranquila. Simplemente, Kendall no se duerme. Ha dado una muestra más de su agresividad y yo prefiero estar cerca de ti.

—¿Qué ha sido?

Se lo expliqué brevemente. Y añadí:

—Los dólares mueven montañas, rubia.

—¿Quieres decir que puede comprar a alguien aquí dentro...? —preguntó.

—Precisamente eso. Hay demasiada gente. Mucha de ella está caracterizada, vistiendo de las más extrañas maneras. Un lugar magnífico para esconderse, no uno, sino una docena de asesinos.

—Tienes razón.

Se nos acercó el productor de la película, un veterano que conocía bien a Belle y había notado su nerviosismo de aquella mañana.

Y tuvimos que explicarle lo que sucedía.

Se mostró preocupado y prometió:

—Tomaré medidas para que la entrada y salida de gente sea rigurosamente controlada.

—No basta —dije.

—Lo sé. Daré instrucciones a la policía del estudio para que haga registros y obligue a identificarse a la gente que vaya caracterizada y que no se encuentre en el lugar en que debe estar.

—¿Es posible eso? —preguntó.

—Posible. Y relativamente fácil. Cada cual debe estar cerca del escenario al cual corresponda su caracterización. El que ande por donde no debe es el que se expone a ser sometido a registro y obligado a que se identifique.

Se despidió. Y a poco hablaba ya con los policías próximos al escenario en donde nos hallábamos.

Oí que fue a los que dio órdenes más severas.

Poco después vimos que algunos «extras» eran registrados y una vez se identificaban, eran obligados a ir al lugar en donde se filmaba la película en que tomaban parte.

Aquello tenía que causar impresión y si Kendall intentaba algo, la gente que hubiese podido comprar tomaría miedo.

A la hora del desayuno me preguntó Belle:

—¿Es que por un sucio criminal como ése vamos a vivir en esta tensión continuamente?

—Durará poco. Hasta ahora ha sido él quien tenía la iniciativa. Por el momento intentamos neutralizarla y se ha conseguido en parte. Y muy pronto estará la ventaja de nuestra parte —dije.

—¿Estará la ventaja de nuestra parte...?

—Eso he dicho.

Me miró asustada. Me conocía bastante bien y sabía lo que aquello podía significar.

—No irás a meterte... —dijo—. Deja a la policía...

—No pienso meterme con los policías —dije en tono humorístico—. Debo mirarlos como aliados. Mi objetivo es Kendall. Y pueden serlo también sus cómplices.

Belle asintió; sabía que era inútil hacerme desistir cuando yo decidía algo, particularmente si la razón estaba de mi parte.

Se limitó a decirme:

—Ten cuidado, Dick.

—Te lo prometo.

—¿Me permitirás que te ayude?

—Si no tienes demasiado miedo...

—En realidad no tengo miedo. Estoy inquieta tal vez porque no me he decidido aún a luchar. Anoche estaba tranquila cuando sucedió lo de la madre de Lombardi. Y después, cuando le di el botellazo a uno de aquellos dos indeseables...

—De acuerdo. Puedes ser mi ayudante...

—¿Qué vamos a hacer?

—Intentar llegar hasta Kendall, atraparlo de una oreja y entregarlo a la policía —dije como si fuese lo más fácil.

Ella rió y me dijo cariñosamente:

—Eres un simpático fanfarrón.

—Posiblemente Kendall opinará de manera diferente.

* * *

Dentro de los propios estudios se produjo una fuerte explosión a media mañana.

Se localizó rápidamente, por un pequeño incendio que siguió a la explosión.

Y allí fui con Belle, que había terminado su trabajo no hacía media hora y terminaba de vestirse.

No fuimos los únicos en acudir, y cuando llegamos fue para ver arder mi auto.

Cambié una significativa mirada con Belle y otra con el productor de la película, el cual me dijo:

—No andaba usted descaminado.

Se había dado la alarma inmediatamente y acudían ya el equipo de incendios del estudio y el de socorro.

Alguien nos informó, sin saber que el asunto nos tocaba de cerca:

—Un hombre ha quedado destrozado por la explosión.

Era cierto.

Lo malo es que por el momento no fue imposible identificarlo. No pertenecía al personal fijo del estudio.

Se inició la investigación por parte de la policía metropolitana con la cual colaboró la del estudio.

Y como el individuo había muerto reventado por el explosivo, tuvieron que conformarse con simples deducciones, que resumió el teniente Pierce, al cual le tocó el caso.

—Parece que se acercó al automóvil con el explosivo para colocarlo, con fines criminales, seguramente.

—Sin duda. Estoy seguro de que intentaba hacernos volar a la señorita Seldon y a mí.

—El explosivo le debió caer al suelo. Si llevaba el fulminante colocado, con ayuda del calor, hizo explosión...

—Cabe en lo posible. Mi automóvil llevaba instalado un sistema de alarma y autodefensa. Tal vez le sorprendió y eso hizo que le cayera el explosivo —expliqué.

—¿Cree que anda por medio Kendall?

—¿Qué otra cosa puedo pensar, teniente?

No tardó mucho en averiguarse que el muerto había suplido a otro hombre, empleado fijo del estudio, que no había acudido por estar enfermo.

Tomé copia de la ficha del enfermo, dispuesto a entrevistarme con él.

Y salí con Belle, en el automóvil del productor.

Nos dejó en la villa de Belle, más próxima que la mía, y a poco salíamos de ella en su descapotable rojo.

—Será una lástima que lo vuelen también, rubia.

—Mientras sean los automóviles los que vuelen...

No tenía miedo, lo noté; pero estaba naturalmente preocupada.

Habíamos salido de los estudios antes que el teniente Pierce.

Sin embargo nos lo encontramos cuando llegamos a casa de Rudy Selton, el empleado de los estudios que había sido sustituido por el del explosivo.

Allí no encontramos a nadie. Rudy Selton había salido aquella misma mañana para Cartago, una localidad que gozaba de buena altitud, en cuyas inmediaciones iba a curar una dolencia que se consideraba grave.

El teniente Pierce experimentó no poca perplejidad. Y nos comunicó:

—Me pondré en contacto con el *sheriff* de aquel condado para que interroge a Rudy Selton. Tenemos que saber si envió realmente o no un sustituto. Y si lo envió, que diga por qué lo hizo y quién era realmente.

—¿Indocumentado? —pregunté.

—Peor. Documentación falsa. Y por el momento no constan antecedentes en los archivos. No se puede trabajar con gente de esa clase —dijo en plan que quiso hacer humorístico.

—Estoy de acuerdo con usted, teniente. Los hampones debieran tener su sindicato legalizado y poseer el carnet profesional con fotografía, huellas digitales, etc.

—Eso facilitaría bastante las cosas —respondió siguiendo la broma.

Nos despedimos.

Él marchó a jefatura para ponerse en contacto con las autoridades correspondientes de Cartago.

Yo para tomar con mi rubia un helicóptero que me conduciría a la misma ciudad.

Nos habíamos dado tanta prisa que llegamos a Cartago antes que Selton y su esposa.

Tuvimos tiempo de hacer la comida del mediodía con toda tranquilidad y dar una vuelta por los alrededores de la ciudad.

A la hora que nos indicaron estábamos en la estación de autobuses.

Belle no sabía exactamente quién era Selton, pero esperaba ver a alguien que le resultase conocido de los estudios.

A la llegada del autobús comenzaron a descender los pasajeros con aire cansado y alegre a la vez.

El séptimo de los que se apearon era un hombre bien parecido, bien vestido, delgado, cuya edad no debía rebasar los treinta y cinco años.

Tenía aspecto de enfermo y había en su mirada una expresión esperanzadora.

Belle me tocó con el codo y dijo:

—Es él.

—Lo había supuesto.

Detrás de Rudy Selton descendió del «bus» una mujer más joven que él. Podía tener como mucho de veintisiete a veintiocho años. Y era extraordinariamente atractiva, más que linda.

Vestía muy ligera de ropa, aunque por la altitud de Cartago y por la hora, cuando saltó del «bus» se quejó de tener «fresco».

Selton tosió ligeramente y sonrió, tendiendo las manos a la mujer.

Y Belle anunció innecesariamente:

—Es su esposa. La recuerdo. Ha sido modelo... Más descocada de lo que conviene.

—Tal vez a ella le ha convenido serlo —dijo con expresión filosófica.

—Haré como que no te he oído. No tengo ganas de enfadarme —dijo la rubia.

Ellas son así. ¿Por qué se había de enfadar si lo que yo decía era cierto? La esposa de Selton tenía edad suficiente para saber lo que le convenía y lo que no le convenía.

Selton reconoció a Belle. Era lógico. Mi rubia era ya lo bastante famosa como para que se hubiesen fijado en ella hasta los últimos del estudio y de fuera de él.

Belle no era aprensiva y aceptó estrechar ja mano de Rudy Selton cuando él tendió la suya.

¿Qué tal, señorita Belle? No esperaba encontrarla aquí.

Tampoco yo pensaba que iba a venir precisamente hoy. Pero tuve un amago de tosferina y el médico me recomendó que volase. Y he supuesto que pasar unas horas aquí me beneficiaría.

Dudo que la creyeran. Pero a mí me hizo gracia, que es bastante. Yo me había limitado a observar hasta el momento.

Rudy Selton estaba tranquilo. En cambio su atractiva mujer no lo estaba en absoluto.

Se hicieron las presentaciones rápidamente.

Y mientras Belle se interesaba por la salud de Rudy, preguntándole a él, yo dije al oído de Amy Selton:

Nos conviene desaparecer de aquí cuanto antes si quieren evitar un primer interrogatorio del *sheriff*.

Palideció y me miró espantada.

CAPÍTULO VI

Nos perdimos de vista pronto de la estación de autobuses, dirigiéndonos a la casita de las afueras de Cartago que Amy Selton había tomado en alquiler.

Pequeña, bastante bien amueblada, magníficamente situada.

Pasé mi brazo derecho por los hombros de mi rubia y la atraje diciéndole al oído:

Estupenda para pasar nuestra luna de miel.

Prefiero una playa aunque haga calor. Una playa en donde podamos bañarnos a la luz de la luna.

Está bien, pequeña. Hay unas lindas cabañas cerca de las playas. Y precisamente yo tengo una a un par de millas al sur de Oceanside.

Nos interrumpió Amy Selton, que comunicó:

Deben dispensar a Rudy. Él quería hacerles los honores pero le he convencido de que debe descansar.

Me dio la impresión de que miraba a Belle con envidia.

Luego me preguntó, bajando la voz:

¿Qué quiso decir con lo del *sheriff*?

En lugar de responder a su pregunta, hice otra:

¿Su marido sabe que usted envió un hombre a los estudios para que le reemplazase mientras durase su enfermedad?

La desconcerté. Adiviné que iba a negar, pero lo pensó mejor y dijo:

—Él no sabe nada. Está muy enfermo y no debe saberlo. Cualquier disgusto sería perjudicial para su salud.

—Los disgustos dañan a los sanos, cuanto más a los enfermos — dije yo.

Ella se sintió visiblemente desconcertada.

—Pero hay algo que es mucho peor. Por ejemplo, que le

coloquen a uno un explosivo en el automóvil para hacerlo volar en el momento de arrancar. Y los automóviles no se han hecho para volar, señora Selton.

Desorbitó la mirada y dijo:

No le comprendo.

—Está usted a punto de verse envuelta en algo feo, muy feo, como puede ser un proceso por asesinato frustrado.

—¡No!

—Sí.

Nos miró a Belle y a mí. Estaba claro que no bromeábamos, que no habíamos ido a Cartago por divertirnos y que no había nada de toserina.

—Sea sincera con nosotros y se va a ahorrar graves disgustos. No hemos venido a atraparla a usted, sino *conocer* cosas y salvarla de un contratiempo.

Lo dije seriamente, con ánimo de asustarla porque tenía la impresión de que Amy Selton no era de las que se asustan fácilmente a pesar de su anterior protesta, de su aparente susto.

—Temimos que fuese cosa de su marido. Y lo sentimos pensando en su enfermedad —intervino Belle.

—¿Quién era el individuo que envió a sustituir a su marido? —pregunté.

—No lo conozco... —Fue su respuesta.

—¿No lo conoce? ¿Se burla de nosotros?

—De verdad, no lo conozco. ¿Qué ha sucedido? —preguntó.

En lugar de responder, pregunté:

—Si no lo conocía, ¿por qué lo envió?

—Me lo recomendaron.

—¿Quién?

—El señor Sherman —respondió.

—¿Quién es el señor Sherman?

—El pretendiente de una compañera... Bueno, ella era compañera de trabajo.

—Me interesa saber quién es el señor Sherman, en dónde vive y cuál es su ocupación.

—No lo sé, no me ha preocupado saberlo...

—Sin embargo obedeció una recomendación suya nada menos que para sustituir a su marido —acusó Belle—. Usted sabe que no se

puede hacer eso.

—Tal vez; pero parece que lo han admitido —dijo en tonillo irónico.

—Sí. ¿Quién y por qué? —preguntó la propia Belle.

Tenía instinto mi rubia. Y me gustaba aquella forma de acosar.

Amy Selton enrojeció. Y respondió lentamente tras dirigir una mirada de ira a Belle:

—El señor John Percyval. Él sabe lo mismo que yo, que Rudy no tiene solución. No podrá volver a trabajar y bastante haremos si logramos que sobreviva —dijo en voz baja.

Quería mostrarse emocionada, dolorida, pero sin embargo, ni engañó a mi rubia ni tampoco a mí.

—Su recomendado intentó asesinarnos a Belle y a mí. Percyval ha negado que supiese nada sobre la sustitución. Parece que no se ha hecho de forma regular... ¿Tiene idea de lo que puede significar para usted? —pregunté a Amy Selton.

—¡No tengo nada que ver con todo eso!

—¿Qué recibió usted a cambio de recomendar a ese asesino? —pregunté con bastante dureza.

—¡Nada!

—¿Seguro?

—Seguro. Fue un favor que hice al señor Sherman. Y mejor que al señor Sherman a Jenny Baxter —dijo.

—¿En dónde podemos encontrar a Jenny Baxter? —pregunté poniéndome en pie y dando la sensación de que había terminado allí.

—Jenny Baxter es modelo y sé bien en donde la podemos encontrar. Esta misma tarde si nos damos prisa —intervino Belle.

—No lo hagan —pidió Amy en actitud suplicante, cuidando de no alzar la voz para que no pudiese oír Rudy.

Hizo un ademán para que volviésemos a sentarnos y comenzó a dar señales de abatimiento.

No podíamos saber si eran ciertas o fingidas.

Dijo entonces:

—Yo no conocía al que debía sustituir a mi marido. No tuve inconveniente en recomendarlo porque es seguro que Rudy no podría volver a los estudios.

—¿Y si pudiese volver? —pregunté yo.

—No podrá, lo sé.

—¿Y por qué esa prisa en sustituirlo? —pregunté yo fingiendo que la creía—. Porque lo han hecho ustedes rápidamente.

Tras un lapso de silencio dijo Amy:

—Seré sincera. Yo necesitaba dinero. La enfermedad de Rudy es larga, costosa... El señor Sherman había prometido colocar a ese hombre... Y me dio una compensación para que yo lo recomendase a Percyval.

—Creo que cada vez lo entiendo menos. Usted cierra las puertas del trabajo a su marido con demasiada precipitación... Percyval hace algo que no debe... Y Sherman se da prisa en colocar a un asesino. ¿Por qué?

—¡No lo sé! ¡No lo sé!

—¿Cuánto le dio Sherman? No me diga que fue poca cosa. Usted necesitaba una ayuda sustancial y cerrar el empleo a su marido debería tener una fuerte recompensa.

—Dos mil dólares —confesó en voz baja.

—¿Nada más?

—Me prometió mil más si su recomendado conseguía quedarse fijo...

—Él sabía que no quedaría allí puesto que su misión era asesinarnos. ¿Y no le extrañó que le ofreciese tanto dinero por un empleo en el cual no se sabía si quedaría fijo o no?

—Yo necesitaba el dinero y no me paré a pensar.

—Malo para usted. Tengo la impresión de que no quiere ayudarnos y no la molesto más...

—¡Quiero ayudarles! Pero no alcanzo a saber cómo —protestó.

Yo había logrado unas copias de las fotografías que figuraban en la ficha de Kendall.

Y había conseguido también dos que habían sido publicadas en la prensa con motivo de la última fechoría al frente de su banda.

Las saqué y las puse ante la mirada de Amy Selton.

—¿Lo conoce?

Mi ataque fue rápido e inesperado.

Estoy seguro que, de haber tenido tiempo para prepararse, Amy habría negado.

Pero no le había dado ocasión para ello y confesó:

—Sí. Es el señor Sherman, Charles Sherman.

—¿Jenny Baxter está prometida a él? —preguntó Belle.

—No. Yo, más bien diría que le aborrece. Pero él es generoso, simpático, y resulta difícil quitárselo de encima. Además, tiene un genio demasiado vivo. A veces he pensado que sería capaz de matar...

—No está equivocada. Lo ha hecho con frecuencia, sobre todo en los últimos días. Y volverá a matar tan pronto pueda —dije yo.

Belle intervino para decir:

—Yo estoy sentenciada a muerte por él. Motivo. Fui testigo del asesinato de la madre de Tulio Lombardi, Dick Madison está en el mismo caso que yo.

—Mató a la madre de Tulio, seguramente, para que no lo pudiese reconocer. Ha ido eliminando a todos sus cómplices... —apunté yo.

—Usted misma corre peligro tan pronto sepa él que su recomendado ha fracasado, que no le puede servir ya y que por él y usted, se le podría llegar a localizar... —dijo Belle.

Comenzó a sentirse impresionada, asustada casi; y entonces no era ya ficción.

Recalqué:

—Porque esa persona que usted conoce con el nombre de Charles Sherman no es otro que Frank Kendall, el «gángster».

—¡No! —exclamó.

—Sí. Repase la prensa de los últimos quince a veinte días y verá estas mismas fotografías con su nombre —dije.

Movió la cabeza en sentido negativo y dijo en voz baja:

—Es casi increíble...

—No está obligada a creernos —concedí.

—Sí, les creo...

—¿Entonces, los mil dólares que debería darme? Porque Percyval me prometió que lo ingresaría fijo tan pronto pasase una quincena...

—Haga lo que quiera. Ese hombre ha muerto —comuniqué.

—¿Muerto?

—Con el mismo explosivo que iba a emplear contra nosotros... —informó Belle.

—¿Sabe Kendall que usted venía a Cartago?

—No, no le dije nada.

—¿Y Jenny, está enterada?

—Tampoco. Pero lo saben en donde vivíamos...

—Lo tendré en cuenta. Espero llegar a tiempo para que no lo digan a nadie —le prometí.

—Gracias...

—Pero si viera a Sherman o Kendall, que se acerca a usted, tire sin miedo o será usted quien muera —le aconsejé.

—Eso quiere decir que debe ir armada —aconsejó a su vez Belle, mostrándole la pistola que llevaba ella.

—Lo tendré en cuenta.

Comenzaba a sentirse aplanada.

Y por mi parte no quise investigar. Ella sabía que no estaba limpia, que había culpabilidad en su forma de proceder aunque ignorase que su recomendado iba a cometer un doble asesinato.

Para que comprendiese mejor cual podía ser el alcance de su acción, dije:

—Tres mil dólares no se dan así porque así...

—Fueron dos mil.

—Pero iban a darle mil más... A menos que ése fuese el cebo para atraerla, matarla y borrar así la pista que podría conducir hasta él.

—¿Cree que Jenny corre peligro? —preguntó.

—No lo sé. Se la protegerá —prometí.

Conversamos breves minutos aún sobre el supuesto Charles Sherman y su forma de conducirse.

Finalmente dijo:

—Hace días que apenas se le veía. Se mostraba extraño, cuidando de no dejarse ver... Lo he comprendido un poco tarde —dijo.

—¿El señor Percyval sabe que está usted en Cartago? —pregunté.

Se sonrojó. Y me respondió:

—Sí, lo sabe. Él es un buen amigo de Rudy y yo debía contar con él...

Yo había visto ya a John Percyval que se acercaba en su automóvil y me limité a anunciar:

—Pues ahí lo tiene. Y nosotros nos vamos. Nuestros saludos a Rudy con nuestros mejores deseos respecto a su salud.

No le gustó que hubiésemos visto a Percyval.

En cuanto a éste hizo caminar despacio el automóvil tan pronto nos reconoció a Belle y a mí.

Hice mención de marchar hacia el centro de Cartago por un camino diferente al que traía Percyval.

Y prometí a la señora Selton:

—Trataré de lograr que el *sheriff* no la moleste.

—Gracias.

—Y no lo olvide. Corre usted gran riesgo de ser asesinada.

Minutos más tarde Belle y yo estábamos en la oficina del *sheriff*.

Desde ella comuniqué con el teniente Pierce al cual hice un informe bastante completo, reservándome el nombre y lugar en donde podría encontrar a Jenny Baxter.

Tanto él como el *sheriff* del condado agradecieron que yo hubiese hecho las gestiones.

Al despedirnos me dijo el *sheriff*:

—Precisamente yo iba a salir para ver a los Selton cuando ustedes han llegado.

CAPÍTULO VII

De acuerdo con el teniente Pierce, no fuimos a ver a Jenny Baxter, sino que se montó en torno a ella una estrecha vigilancia, esperando que más pronto o más tarde el asesino se acercase a la linda modelo.

Y sería la ocasión de atraparlo.

Pero Kendall no se dejó ver una sola vez ni de cerca ni de lejos.

Por parte de Belle y mía, durante los primeros días tras la visita a Cartago, recibimos la impresión de que se nos vigilaba, de que se nos seguía.

Teníamos el convencimiento de que Kendall aguardaba su oportunidad para terminar con nosotros.

Pero ni Belle ni yo estábamos dispuestos a ofrecerle facilidades; sobre todo teniendo en cuenta que él parecía decidido a no confiarse a nadie, sino a llevar a cabo el «trabajo» por su cuenta.

Al cabo de cuatro o cinco días tanto mi rubia como yo recibimos la impresión de que nos habíamos librado de algo molesto.

En los días anteriores no habíamos visto a Kendall, pero habíamos «sentido» su presencia, valga la frase.

Y dejamos de notarla el mismo día, cuando por la mañana salimos de la villa de Belle para ir a los estudios.

Aquella misma mañana el teniente Pierce nos visitó en los estudios.

Había tomado con interés el caso y comprendí —tan pronto lo vi— que se sentía desanimado.

—Todo inútil —fue lo primero que me dijo.

Por mi parte le comuniqué mis impresiones, así como la sensación de liberación que había experimentado la propia Belle.

El policía se sinceró conmigo.

—Estoy seguro de que les ha perseguido estos días. Mis hombres lo localizaron desde lejos en tres ocasiones. Pero nunca pudieron darle alcance...

—No me extraña —le contesté.

—La vigilancia a Jenny Baxter no ha dado resultado alguno.

—Lo imagino. Yo no me he querido acercar a ella porque estaba seguro que él me vigilaba. Y hubiera sido demostrarle que conocíamos su secreto.

—Hemos «protegido» también a la señora Selton, Sin resultado. Y, entre nosotros: Esa mujer no me gusta.

—A mí tampoco. Pero aparte de que no había un motivo claro para meterse con ella, de hacerlo habría sido Rudy quien hubiese pagado las consecuencias.

—Eso me ha detenido un poco. De lo contrario la hubiese traído a mis dominios con algún pretexto y la hubiese estrechado a preguntas —me confesó Pierce.

—¿Qué le parece si en los ratos que tenga libres, examinamos lo sucedido en torno a Kendall, desde que se produjo el asalto? En ocasiones lo que no se ve la primera vez se descubre en la segunda o en la tercera pasada.

—No he querido tocar el caso porque no me correspondió a mí. Y parecería una intromisión en los asuntos que llevan los compañeros.

—Pero usted tiene ahora un pretexto, puesto que está en sus manos el caso de la madre de Lombardi...

Pierce, después de reflexionar brevemente, admitió la idea.

—De acuerdo.

Comenzamos a trabajar aquella misma tarde.

Pero transcurridos cuatro días habíamos terminado. Y estábamos desalentados.

Frank Kendall, por su propia mano o recurriendo a segundos, había ido eliminando a todos que le podían reconocer o identificar, a todos los que habían intervenido en el asalto, de su parte; e incluso a los que eran víctimas y podían reconocerle.

Había desaparecido, en un accidente, incluso Nancy Foreman, la que había sido amiga de Kendall durante más de diez años.

Insistiendo sobre el caso de la madre de Tulio Lombardi, pudimos enterarnos de que ella había acusado a Kendall de ser el

autor de la muerte de su hijo.

Y había jurado que se vengaría.

Pero se le había adelantado Kendall, el cual era de los que amenazaban después de haber asestado el golpe, que casi siempre era mortal.

Nancy Foreman y Harry Welles, uno de los hombres más importantes de la banda de Kendall se habían estrellado yendo en una avioneta propiedad de Kendall.

Tanto Nancy como Welles habían sido identificados. Y los restos de la avioneta, pese a que se incendiaron, revelaron con bastante claridad que el accidente había sido provocado.

Pierce comentó cuando llegamos a tal conclusión:

—Se ha librado de dos personas que le podían identificar. Y si está enamorado realmente de Jenny Baxter, ha matado dos pájaros de un tiro. Porque Nancy tenía que ser necesariamente un estorbo...

Señalé un ademán de indiferencia.

Lo único claro era que Kendall se había librado de aquéllos con los cuales tenía que repartir el botín y que además, por imprudencia o mala fe, podían descubrirlo o delatarlo.

Había quedado fuera la madre de Lombardi, pero las amenazas de ella lo indujeron a matarla.

No tuvo suerte, puesto que fuimos testigos del asesinato y de que, él no había muerto, como había intentado hacer creer.

Sin embargo, tras tíos intentos de asesinato y unos días de persecución, había desistido de eliminarnos y se había esfumado.

Tras semejante conclusión formulada por mí, preguntó el policía:

—¿No será un truco?

—¿Un truco? —le pregunté, aunque le había entendido perfectamente.

—Sí. Trata de confiarles para aparecer repentinamente y asestarles el golpe...

—Podría ser...

—Les pondré protección —ofreció.

Su preocupación era evidente.

—No lo haga. Podría inducirme a error y ser fatal. A lo mejor me despreocupaba también con esa confianza y sería peor.

—Pero... —Trató de oponer.

—Por otra parte, no creo que le sobre personal.

—No sobra. Y de un tiempo a esta parte, menos. Parece que se han desbordado las fuerzas del mal —dijo Pierce.

* * *

Decidí correr el riesgo sorprendiendo a Jenny Baxter en su apartamento, reducido, puesto con buen gusto, sin lujo y muy limpio.

Me produjo una buena impresión.

Y el efecto que me causó la chica fue mucho más grato aún.

Pero yo estaba enamorado de Belle, confiaba en mí... Y no debía mirar a las demás con demasiada insistencia, ni recreándome en su belleza.

Sin embargo cuando entré en el apartamento de Jenny la chica salía de la ducha.

Como hacía calor iba más bien ligera de ropa. Y les aseguro que era una maravilla, una tentación.

—Por favor, no se asuste, ni grite. No he venido a dañarla en lo más mínimo —dije.

Jenny demostró que era muy lista, que sabía perder. Sonrió con expresión de coquetería y preguntó:

—¿Y por qué me había de perjudicar?

—Tienes razón. No tengo ningún motivo para ello y por si era poco, eres un verdadero portento.

Lo era, de verdad.

—¿Le importa que entre en mi alcoba y me cubra un poco más? —preguntó con picardía.

—Estás en tu casa, pelirroja.

—Gracias —respondió con una sonrisa en la que campeaba cierta ironía.

—¿No piensas aprovechar para llamar?

—¡Oh, no! Me estaba aburriendo y no siempre se encuentra la compañía de un hombre de su clase, un artista...

—¿Me conoces?

—Sí. Dick Madison, ¿no?

—Sí.

—Belle es una linda chica. Y atractiva.

—Gracias de su parte.

—Y usted piensa casarse con ella.

—Sí.

—Hace bien. Me hubiese gustado tropezar con un hombre como usted. Pero no he tenido suerte.

—Puedes hablarme con la misma confianza que lo hago yo.

—De acuerdo. Gracias. Ahí está el mueble-bar y ahí un tocadiscos. Considérate en tu casa, aunque ésta, es mucho más pobre. Vuelvo enseñuida.

Con toda su picardía, algo innato en ella, sabía comportarse.

Busqué entre los discos por hacer algo. Nada de música clásica, nada de Beethoven, ni de Mozart. Ni siquiera de Schubert.

Sin embargo tenía una buena representación de los grandes del «jazz», con Duke Ellington, otros y otras de auténtica clase.

No faltaba tampoco Sinatra.

Aguardé a que ella saliera para servir bebidas.

Se había recogido el pelo después de secarlo bien, había añadido algo más, muy poco, de ropa; y su sonrisa era clara.

—¿A qué debo el honor de tu visita? —preguntó sentándose.

—Pon tú la música mientras yo sirvo. No, no he venido a bailar...

—Lo supongo. Oí decir que ya no eras el chico frívolo de hace poco. Me alegro de verdad. Las mujeres necesitamos otro tipo de hombres.

La chica se decidió por Duke Ellington, que se encargó de poner en el tocadiscos.

Y yo me ocupé de la tónica con ginebra para ella y la ginebra con tónica para mí.

Le hice ver que no le convenía abusar de líquidos con exceso de alcohol.

—Así estás muy mona y no quiero que te estropees —le dije.

—Gracias. Pero a mí me convence la gente que predica con el ejemplo. Y yo debo buscar el equilibrio.

Rió de buen grado. Resultaba tentadora de verdad. Y me eché al colete mi ginebra casi de un trago para que el equilibrio llegase pronto.

Ella comprendió y cubrió pudorosamente sus rodillas. Entonces me fijé en que las teñía preciosas.

—¿Conoces a Charles Sherman, Jenny? —pregunté sin preámbulos.

—Sí. Y sé que no se llama Sherman, sino Frank Kendall.

Al hablar se tornó seria.

Me gustó su franqueza.

—¿Tienes idea de en dónde se le puede encontrar?

—No. Me alegra que se haya perdido de vista. Me da miedo y estoy segura de que tú lo comprendes.

—Sí. ¿Quiere casarse contigo?

—Sí. Después que ha asesinado a su amiga de toda la vida. Porque estoy convencida de que la ha matado.

—¿Te ha amenazado alguna vez?

—No. Es listo y sabe que no es necesario. Sabe que le temo y que no me atrevería a denunciarle. Él, a veces, quisiera que yo le perdiese el miedo. Otras veces disfruta con ese mismo temor que me causa. Es un tipo repulsivo.

—Estamos de acuerdo —dije.

—¿Ha intentado algo contra ti? —me preguntó.

—Sí. Y contra Belle. Vimos cómo asesinaba a la madre de Lombardi.

—No deseo mal a nadie, Dick. Pero ese hombre no tiene derecho a vivir. Para mí sería una buena noticia saber que ha terminado.

—Lo comprendo. ¿Sabes si está en Los Ángeles? —pregunté.

—No se ha despedido, pero tengo la impresión de que se ha ausentado hace unos cuatro o cinco días.

—Tienes la misma idea que yo.

—Ni lo he visto ni lo he sentido cerca. De estar aquí él, no puede resistir sin verme, aunque no se deje ver. Creo que está realmente enamorado de mí. Una desgracia para mí, peor que otra cualquiera.

Era sincera y yo la comprendía.

Pero no era de las mujeres que se dejaban hundir, y a continuación me preguntó:

—¿Por qué no se enamorará de mí un hombre como tú, Dick? Yo sería muy feliz y me esforzaría en hacerlo dichoso a él...

Sonrió, guiñó un ojo y sacó la punta de su lengua con expresión de travesura.

—No necesito que sea tan rico como tú ni que tenga ese físico tan espléndido. Me conformo con un chico joven, educado, de tipo

corriente y con algún dinero; porque me gusta vivir bien.

Lo dijo en forma que me hizo reír; y ella misma rió. Volviendo a ponerse seria inmediatamente.

—Continúa, Dick. Quiero ayudarte, entre otras cosas porque me ayudo. Si él desaparece yo respiraré tranquila. Y tú quieres entregarlo a la policía. ¿No es cierto?

—Sí. Es lo que quiero, aunque me gustaría pegarle antes una buena paliza —me sinceré.

—Te comprendo perfectamente.

—¿Cómo lo conociste?

—Vino con su amiga por la casa de modas en la que trabajo como modelo. Parece que le gusté...

—¿Te lo presentaron?

—Se presentó él. Quiso deslumbrarme diciendo que había hecho una rifa entre sus amistades y que me había tocado un broche... Debía valer mucho, pero lo rechacé.

Estoy seguro que no exageraba.

—Creo que hiciste bien. ¿Aceptarías si te regalase yo uno que fuese de tu gusto? Piensa en un hermano, en un padre...

—Te lo aceptaría porque sé que no intentas comprarme con él.

—Gracias. Volviendo a lo nuestro. ¿Conoces algunas de las amistades de Kendall? Me refiero a gente que no pertenezca al mundo del hampa.

—No. He procurado rehuirle y no ha tenido ocasión de presentarme a sus amistades...

Le hice una señal para que comprendiese que debía tener cuidado con lo que decía, aunque debía seguir hablando.

Yo había cerrado bien por dentro la puerta empicada para entrar en el apartamento de Jenny.

Sin embargo, me había dado cuenta de que no estábamos solos. Y el visitante deseaba pasar desapercibido. Posiblemente hasta que diese su golpe.

¿Tendría allí a Frank Kendall en persona?

CAPÍTULO VIII

Jenny, mostrando gran presencia de ánimo, prosiguió hablando:

—Fui yo quien hube de presentarle amistades para que no se sintiera tan solo. Sobre todo amistades femeninas. Él tenía un gran complejo de soledad; creo que no está nada bien del piso de arriba...

Decididamente Jenny era una chica inteligente.

Le hice comprender por señas que se debía apartar apenas iniciase yo la acción.

Estaba tranquila, aunque adiviné en su mirada que veía con bastante claridad el riesgo que yo iba a correr.

Y sentí que ella estaba dispuesta a ayudarme.

Por mi parte quería atrapar vivo a quien fuese. Necesitaba evitar a Jenny el desagradable espectáculo de la muerte.

Calculé en qué lugar podía estar el intruso. Él tenía pocos sitios para elegir, y en mi breve estancia en el apartamento yo los conocía.

Me puse en pie a la vez que decía a Jenny:

—Con tu permiso, voy a echar otro trago.

—Considérate como en tu propia casa.

El tocadiscos, automático, proseguía tocando. Al primer microsurco había sustituido otro e íbamos por el tercero. Todos de Duke Ellington.

De improviso lancé el vaso que llevaba en la mano en la dirección en donde sospechaba que se hallaba el intruso.

No lo hice con afán ofensivo, sino porque aquella acción mía le impulsaría a descubrirse.

Fue precisamente lo que pasó. El intruso, sorprendido, se apresuró a hacer un movimiento esquivando.

Y se dejó ver a la vez que desenfundaba una pistola.

No le di tiempo a emplearla, intuyendo que las balas no sientan nada bien, más que a los granujas, y yo no lo soy.

Se produjo el choque entre los dos y llevé la mejor parte, porque Jo pillé desprevenido.

Era un individuo corpulento, recio, con una fuerza poco común, a pesar de lo cual cayó bajo mi impulso.

Sin embargo, conservó la pistola en su mano derecha e intentó golpearme con ella.

Le atenacé la muñeca con rapidez, se la retorcí y el individuo aulló de manera desesperada.

Pero tuvo que soltar el arma, que era de lo que se trataba.

Distendió las piernas con violencia y aunque me rechazó no consiguió lanzarme como él hubiese querido.

Jenny, valientemente, había seguido mi desplazamiento y su primer acto fue apoderarse de la pistola que el otro había desenfundado.

El intruso intentó ponerse en pie y lo consiguió a medias.

Pero yo volví a saltar dando la sensación de que lo hacía impulsado por una catapulta y se produjo un nuevo impacto más duro que el anterior, metiendo yo mi cabeza por delante.

Le di de lleno a la altura del estómago y produjo un sonido raro, mezcla entre el croar de una rana y el cloquear de una gallina.

No me reí porque el momento era demasiado grave y no cabían descuidos.

Y tengo la impresión de que a Jenny le había sucedido algo semejante.

Cayó el individuo de manera violenta, haciendo retemblar el piso con el peso de sus noventa kilos largos, a los que se añadía la fuerza que le había imprimido mi golpe.

Cometió entonces un error al intentar levantarse de nuevo.

Mi mano derecha golpeó secamente, con el filo, con la cual le pegué en el puente de la nariz.

Y cayó hacia atrás fulminado, soltando un ronquido que resultó trágico y que no movía a risa precisamente.

—¿Lo has matado? —preguntó la pelirroja.

—No creo. He cuidado, al golpear, de dejarle fuera de combate sin matarlo. No me gusta asesinar. Y me interesaba pillarlo vivo.

—Prefiero que sea así.

No había prisa. Sin embargo, no perdí tiempo para atarlo, dejándolo incapacitado para la acción cuando estaba aún bajo los efectos del «cloroformo» que le había proporcionado.

—Tendré que regalarte media docena de vasos, pelirroja...

—Ha sido el vaso mejor roto de toda mi vida —replicó ella.

En aquel momento Duke Ellington, en una última vibración musical parecía burlarse del caído.

Y la pelirroja detuvo el tocadiscos.

—Creo que necesitamos un trago. Esta vez pondré más ginebra, aunque me estropee un poco —dijo graciosamente.

—Adelante.

—Lo malo es si me da por abrazarte...

—Te aseguro que no me resistiré... Y hasta me relameré de gusto...

Yo era sincero y que me perdone mi rubia. Pero si hubiesen visto a la pelirroja habrían comprendido perfectamente.

Ella volvió a ponerse seria y dijo:

—Debemos ser formales, y leales con nosotros mismos y con Belle.

—Admitido el sacrificio. Porque conste que, lo es.

Mientras ella servía la ginebra yo me preocupé de reanimar al intruso.

Costó más de lo que había imaginado.

Mi primera pregunta le sorprendió:

—¿Teniendo tanta fuerza, cómo luchas tan mal?

Me miró como si yo estuviese loco.

Después de atarlo y antes de atenderlo, le había hecho un registro somero. No llevaba documentación alguna que pudiese proporcionar datos sobre su personalidad. Y tampoco tenía dinero.

Noté algo en su mirada y se lo hice ver a Jenny, a la cual hablé en voz baja, al oído.

—Yo también le encuentro algo raro.

Hacía bastante calor y la ropa que llevaba el intruso era escasa.

Le remangué y pude ver señales de inyecciones.

—¿Con qué te dopas? —pregunté.

Me miró extrañado, dándome la impresión de que no conocía el vocablo.

—Extraño; pero no te ha entendido —dijo la pelirroja.

—No parece que finja. ¿Qué crees? —le pregunté.

—Para mí que es sincero.

Estaba claro que aquello sí lo entendía aunque se mantuvo silencioso.

—¿Por qué te inyectan? —pregunté señalando las huellas que había dejado en sus brazos la aguja hipodérmica.

—Debe estar enfermo. Lo está sin duda —señaló Jenny con expresión que reflejaba un sentimiento de conmiseración hacia el intruso.

—¡No estoy enfermo! ¡No es verdad! ¡No estoy enfermo! —gritó.

—Sí estás enfermo. Es algo que salta a la vista y eso te vale. De lo contrario te entregaría a la policía.

—¡No estoy enfermo! ¡No estoy enfermo! —volvió a gritar.

—Está bien. No vamos a discutir eso —dijo Jenny conciliatoria.

—¿Cómo te llamas?

—No lo diré.

El individuo, al hablar así, movió la cabeza con energía en sentido negativo.

—¿Crees que eso te va a librar del castigo que te corresponda? Pues no.

Señaló un gesto de indiferencia.

Y tanto para Jenny como para mí quedó que la salud mental del intruso dejaba bastante que desear.

—¿Por qué querías matarme? —pregunté.

—¡No quería matarle! —protestó asustado.

—¿La pistola la sacaste para jugar? —pregunté.

No me respondió. Y dijo:

—Ni siquiera sabía que estaba usted aquí. Creí que estaba ella sola.

—¿Ibas a matarla a ella?

—¡Tampoco! —dijo en tono de protesta nuevamente.

—Únicamente querías administrarle un par de píldoras metálicas a ver qué tal las asimilaba —dije burlón.

—¡No! —respondió con seca ferocidad.

—No quería matarme. Quería hacerme un par de ojales sin pensar que esta temporada no se llevan nada.

Fue Jenny quien lo dijo. E inmediatamente comprendimos

ambos que el individuo se sentía desbordado.

Finalmente dijo:

—Me la quería llevar a ella. Nada más.

—¿Llevártela? ¿Adónde? —pregunté.

El intruso había dicho la verdad.

Y me miró reflejando sorpresa en su mirada, como si no comprendiese mi pregunta.

—Quería llevármela —dijo al fin.

Tratábamos con un loco y había que tener paciencia.

—¿Adónde? Cuando se secuestra a una persona es para llevarla a algún sitio y tenerla escondida allí.

Me miró fijamente. Me dio la impresión de que estaba mentalmente perdido, realmente confundido.

—No sé... —dijo al fin, dando la impresión de que se sentía sorprendido de lo que sucedía.

—¿Qué rescate pensabas pedir por ella? —pregunté.

—¿Rescate...? —preguntó a su vez; mostrando extrañeza hacia la palabra.

—Sí, dinero. No intentes hacerme creer que no sabes lo que es un secuestro, porque me enfadaré.

Me miró con expresión de perplejidad. Y dijo:

—No sé.

Cada vez iba viendo más claro que le sucedía algo extraño a aquel individuo.

Tratando de penetrar en el desconcierto, le dije:

—Has tenido suerte de que yo haya podido evitar que te la llevases. El secuestro llega a condenarse, incluso con pena de muerte. Has podido terminar en la cámara de gas.

Dio entonces la sensación de que sabía perfectamente lo que era la cámara de gas. La temía.

Fue algo que reflejó su mirada cuya expresión se tornó salvaje, primitiva, como la de una bestia en libertad que ha sido capturada.

Insistí ante su silencio:

—Es mejor que hables; dime qué pretendías al llevártela. Si no hablas te entregaré a la policía.

—No lo sé... No lo sé... —repitió.

—Lo sabes bien y tratas de burlarte de mí; pero no lo vas a lograr. Y vas a obligarme a que te exprima, como a un limón...

Señalé un ademán adecuado al caso.

Y él gritó desesperadamente, golpeando su cabeza contra la pared en la cual se apoyaba:

—¡No sé! ¡No sé!

Consulté la hora tras cambiar una significativa mirada con la pelirroja.

Estaba seguro de encontrar a Pierce en jefatura y le llamé por teléfono.

Una vez en contacto con él, le hablé en francés, idioma que el policía entendía perfectamente.

No me interesaba que nuestro preso pudiese enterarse de lo que hablábamos.

Y le referí lo sucedido.

Pierce preguntó al final de mi relato:

—¿Cree que ese individuo tiene perturbadas las facultades mentales?

—Estoy convencido de ello. Y lo han aprovechado precisamente por eso. Él debe estar en tratamiento. Es posible que incluso esté recluido en algún sanatorio —dijo.

—¿Así pues usted considera que él no ha obrado por propia iniciativa?

—Eso creo. Tengo entendido que en el cuadro técnico de ustedes hay un siquiatra.

—Sí, lo hay.

—¿Es factible que él vea a este hombre?

—Es posible. ¿Qué cree usted, Madison?

—Tengo la impresión de que este tipo está drogado.

—No me extrañaría que se hayan valido de eso para hacerlo actuar —apunté.

Siguió un lapso de silencio. Oí su fuerte respiración.

Y admitió al fin:

—Es posible. No sería el primer caso... ¿Puede traerlo usted o pasamos a recogerlo?

Consulté con la mirada a la pelirroja y respondí:

—Iré a llevarlo yo.

Seguidamente dije a la pelirroja:

—Piénsalo bien. Entre las amistades de Kendall tiene que haber un médico, un siquiatra precisamente. De lo contrario no

colaboraría con él de esta manera.

—¿Estás seguro?

—Sí...

—Intentaré averiguarlo. Si no te llamo procura verme mañana —dijo.

Teníamos que separarnos. Y yo dije a nuestro prisionero:

—Vamos, te llevaré a tu casa. Da gracias que no he querido entregarte a la policía...

Hizo un encogimiento de hombros y dijo:

—¿Mi casa? No tengo casa...

Aquello podía ser también una buena ficción. O tal vez él aprovechaba su propia enfermedad para intentar burlarnos.

CAPÍTULO IX

Cuando después de despedirme de Jenny llegamos al portal de la casa, eché al preso por delante.

Salí tras él.

Pero cuando mi instinto me avisó que tenía al enemigo al lado, era un poco tarde.

Recibí un golpe en la cabeza y me tambaleé.

Me dieron un segundo golpe y caí, recibiendo al caer la sensación de que una galaxia se desplomaba sobre mí, haciendo estallar mi cerebro en luces.

Me pareció oír las alarmas de los policías, pues aunque fuera de combate, no había perdido totalmente el conocimiento.

Oí ruido de pisadas, voces confusas.

Recibí otro golpe en la cabeza contra una arista metálica. Debíó ser al meterme apresuradamente en un automóvil.

Percibí un dolor agudo y en lugar de perder el cono cimiento totalmente, comencé a rehacerme.

Me di cuenta de que me colocaban a toda prisa mis enemigos en un automóvil, que hacían lo mismo con el preso y que lanzaban el vehículo a toda velocidad.

Volví a oír las pitadas de alarma de la policía.

Pero iban quedando más lejanas cada vez mientras el automóvil, a lo que pude deducir, se dirigía hacia las afueras de la ciudad.

Me habían golpeado duro produciendo en mí un fuerte quebranto. Pero no tan grande como el que yo fingía.

Con los ojos cerrados, inmóvil, me dejaba sacudir por el automóvil que a juzgar por los saltos que daba, debía estar marchando por un camino infernal, de tercer orden; o tal vez a campo traviesa.

Oí que un fulano preguntaba a otro:

—¿No lo habrás matado?

—No te preocupes. Si lo he matado me premiarán. No creo que pretendan conservarlo para reproducción de la especie.

—¿No desatas a Stelle?

—No, prefiero que vaya así. Nunca se sabe qué se le puede ocurrir.

Aquello confirmaba que el que había pretendido secuestrar a Jenny estaba loco. Y logré saber que se apellidaba Stelle.

El que me había golpeado no era un hombre vulgar, a juzgar por la forma en que hablaba.

Iba uno al volante y dos conmigo, sin contar a Stelle; pero éste no les podría ayudar.

Me iba sintiendo con fuerzas, y solamente debía aguardar que se presentase un momento favorable.

El auto dio una sacudida que nos lanzó a unos sobre otros.

Nos cruzó una motocicleta que iba a una velocidad endiablada y el del volante denostó en todos los tonos contra el motorista.

—¡Debieran machacar a esos suicidas! —gritó.

—Es mejor que tengas cuidado... —dijo uno de los de dentro.

—Si no te gusta cómo voy, te colocas tú al volante —respondió acremente.

Dimos otro salto que nos lanzó a unos contra otros y yo, adrede, pisé a uno de los fulanos.

Denostó él y quiso golpearme.

No le quedaba espacio por mi posición.

Sin embargo yo pude contragolpear a placer y cayó tras lanzar un angustioso gemido.

Me agaché inmediatamente y le saqué la pistola de la funda sobaquera.

Al esquivar un golpe que intentó propinarme el otro, le golpeé en el estómago con la cabeza.

Y el hombre se dobló, cayendo sobre su compinche.

Entonces yo salté sobre ellos para tenerlos seguros.

Es difícil prevenirlo todo.

El del volante se dio cuenta de lo que sucedía y maniobró de manera brusca, haciendo zigzaguear el auto.

Lanzó a Stelle contra mí y lamentándolo mucho tuve que

golpearle, dejándolo sin sentido.

Pero había perdido mi dominio sobre los otros dos.

Uno de ellos estaba inconsciente; pero el del golpe al estómago se levantaba a la vez que desenfundaba la pistola.

Le pegué con la mía desviando el disparo.

El azar quiso que la bala se alojase en la cabeza del conductor cuando él continuaba sus peligrosas maniobras tendentes a impedir que yo pudiese dominarles.

Y el automóvil se estrelló contra un grueso árbol.

Fue un choque violento al cual siguió inmediatamente una llamarada.

Instintivamente me había escudado en el hombre que había disparado, aferrándome a él.

Y gracias a eso fui el que menos sufrió en el terrible choque.

No había que pensar en el conductor, que había quedado rígido.

El autor del disparo se había golpeado contra el borde metálico de un asiento y se había desnucado.

Muerto también.

Quedaban Stelle y el otro.

Fuera de combate como se hallaban cuando el choque, no se habían podido sujetar a nada y los golpes recibidos habían sido tan terribles que tampoco alentaban ya.

El automóvil se había convertido en un ataúd envuelto en llamas.

Intenté abrir una de las portezuelas. Imposible. Había quedado fuertemente encajada a causa del choque.

Aunque no podía hacer nada por los cuatro hombres, me hubiera gustado sacarlos de allí, evitar que quedasen carbonizados.

Pasé a la otra portezuela, pero sucedía lo mismo. Realicé considerables esfuerzos, todo en vano.

Yo estaba debilitado por los golpes recibidos, por la dura lucha que había tenido que librar.

El humo se había metido en el automóvil, el calor comenzaba a ser sofocante y el aire irrespirable.

Aquello podía convertirse también en mi ataúd, aunque yo podía arder vivo, que era bastante peor.

Sudaba copiosamente y era víctima de fuertes náuseas cuando conseguí hacer saltar uno de los cristales.

Avanzaban las llamas por los dos lados hasta el punto de que rebasaban ya las portezuelas correspondientes al asiento del conductor.

Y yo hube de lanzarme de cabeza, poniendo las manos delante para que amortiguasen mi golpe contra el suelo.

Di una voltereta obligada por la posición de caída y dos más voluntariamente, alejándome así de la hoguera.

Al fin logré ponerme de pie y me alejé más que aprisa, ávido de evitar cualquier complicación.

Marché rápido durante más de diez minutos.

Salí finalmente a la carretera número cinco, al norte de los Ángeles, según pude colegir, a bastante distancia aún de San Fernando.

Entonces me pude mirar.

No ofrecía un aspecto espantoso, aunque tampoco resultaba recomendable.

Por tanto no debía intentar el «auto-stop». Debía llegar por mis propios medios a algún teléfono.

Me interesaba ponerme en contacto con el teniente Pierce antes de que interviniese ninguna otra autoridad.

Mientras me alejaba del lugar del siniestro había establecido un plan que consideré bueno para dar caza a Kendall.

Y debíamos comenzar por aprovechar el accidente.

Conocía bien la carretera número cinco en aquel tramo, puesto que pasaba frecuentemente por él.

Y apenas si tuve que andar seis minutos más para llegar hasta un teléfono público.

Cuando entré en contacto verbal con Pierce, respiró con expresión de alivio:

—¡Menos mal que le estoy escuchando al fin! Ante su tardanza me puse en contacto con la policía del distrito. Y me informaron de que había habido una lucha y que se habían llevado en un automóvil, a la fuerza, a uno o dos hombres.

—Se llevaron a la fuerza a uno. Y ése era yo —le dije—. Pero atienda.

Hice un breve resumen de lo sucedido y añadí:

—Tengo interés en que no se mezcle en este caso nadie más que usted. No resultará difícil puesto que se trata de un delito federal.

Secuestro...

—A pesar de ello, no me dejarán actuar solo...

—Al menos, que se someta la otra policía a sus razones. Podemos aprovechar este suceso para ganar una batalla de importancia...

—¿Qué idea tiene?

—Muy sencillo. La prensa debe publicar que entre los muertos estoy yo. Y que al parecer, se han librado un hombre y una mujer, cuya identidad se desconoce por el momento.

—Pero no iba ninguna mujer con ustedes...

—Pero conviene decirlo. Ya le diré por qué.

Suspiró. Seguramente pensó que yo no estaba bien de la cabeza, pero me dio la impresión de que, en principio, aceptaba la idea.

Era suficiente.

—Aguárdeme ahí —dijo—. Cosa de pocos minutos. Y nos acompañará hasta el lugar del suceso.

—«Okey», teniente. Estamos cerca del triunfo.

Cortó la comunicación.

Yo me iba restableciendo y consideré oportuno, tras la lucha y los sustos sufridos, reparar fuerzas.

Y pasé a un bar muy próximo a la cabina del teléfono público desde el cual había comunicado con Pierce.

Éste se dio tanta prisa que apenas si tuve tiempo en terminar el bocadillo y el café que había encargado.

Cuando hubimos llegado al lugar en donde se había producido el siniestro, a pesar de ser un camino apartado, poco transitado normalmente, se habían detenido ya algunos viajeros.

Se trataba de dos motoristas y los ocupantes, en su mayor parte mujeres jóvenes, de dos automóviles.

Unas y otros rodeaban el auto siniestrado haciendo cábalas sobre lo sucedido.

Uno de los motoristas, ante la imposibilidad de hacer nada positivo en favor de las víctimas, se disponía a lanzarse ya en busca de la policía para darle cuenta del suceso.

La presencia nuestra lo detuvo, cuando ya estaba sobre la moto.

Yo había informado a Pierce durante el camino.

Y consideré, de acuerdo con él, que en aquel momento no era conveniente que me dejase ver.

Bajó el teniente y le imitaron rápidamente los ocupantes de los otros dos vehículos que nos seguían, entre los cuales iba el equipo técnico de la policía.

Poco después llegaba un representante de la oficina del Fiscal, un pequeño grupo de bomberos y una ambulancia.

Apenas quedaba ya nada de fuego en lo que había sido punto inicial del mismo.

Sin embargo los bomberos trabajaron bien y rápidamente para extinguir pequeños focos que amenazaban propagarse a la arboleda vecina.

En los primeros momentos fueron ellos los únicos en actuar, hasta que todo peligro quedó eliminado.

El automóvil en que me habían secuestrado había ardido por completo. Y hasta se habían producido algunas pequeñas explosiones.

Resultaba difícil por tanto la reconstrucción de lo sucedido.

Y todo ello nos ayudaba a que se pudiese montar el plan que yo había concebido sin temor a que nos desmintieran o a que se pudiese descubrir que se trataba de una farsa, una especie de trampa tendida a un criminal.

Llegó también el vehículo en que debían llevarse los restos del automóvil incendiado.

Y poco después se inició el desfile, tanto de curiosos como de los que habían acudido por obligación.

El automóvil en que íbamos el teniente Pierce y yo fue el último en retirarse.

En el lugar no quedaban más que ligeras huellas de lo que allí había sucedido.

Seguía haciendo calor, un calor que se había tomado molesto, asfixiante; se encapotó el cielo y el viento se inició en ráfagas bastante fuertes que barrieron el terreno.

Poco después, cuando ya estábamos en la ciudad, llovió copiosamente durante casi un cuarto de hora.

Hasta el tiempo trabajaba en ayuda de nuestros planes.

Aunque Kendall enviase gente a investigar, sería difícil que pudiese intuir lo que había sucedido.

Tendría que tragarse como buena la píldora que yo le había preparado.

El teniente Pierce, de acuerdo conmigo, me dejó en casa.

Una vez en ella llamé por teléfono a Jenny para que se preparase, disponiéndose a acompañarme.

—No me preguntes más, pelirroja. Se trata de tu vida. Me hago responsable de ella.

—¿Como si fueses mi papá? —preguntó con graciosa picardía.

—Exactamente, como si fuese tu papá. Y cuidado con intentar burlarte, o tendré que darte un par de azotes.

—Me gustaría que lo intentases —señaló con expresión desafiadora.

—Y a mí me agradecería hacerlo, no vayas a creer. Lo difícil será tener que resistir a la tentación.

Reímos de buena gana, un tanto olvidados de que nuestras vidas corrían peligro.

Tomé una ducha casi caliente, que resultó altamente tonificadora, me vestí con ropa limpia y me encontré como nuevo.

Tomé un auto y fui en busca de Jenny.

Ella, tal como yo le había dicho, me aguardaba.

—¿A dónde vamos? —preguntó.

—A mi casa.

—¿Nos vamos a casar?

—Yo, no. Tú puedes casarte si quieres...

—¡Claro que me quiero casar! Pero no tengo con quien. Al decirme que me ibas a llevar a tu casa pensé que te habías decidido...

Ella hablaba en broma.

—Pelirroja. Si te hubiese conocido antes que a Belle, habría optado por ti. No es que compare, ni que piense que una vale más que otra. Sencillamente, no comprendo que un hombre libre te conozca y no se enamore.

—Gracias. Son las más maravillosas calabazas que jamás me habían dado —dijo la pelirroja con donaire.

Si ella se lo proponía, resultaba irresistible.

—Tendrás suerte, Jenny, como lo tendrá una chica que conozco en el club «Estudio 13».

Se había situado a mi lado, en el automóvil, el cual puse en marcha, dirigiéndome a casa.

—Te vas a quedar en mi casa. No debes preocuparte por tu

trabajo. Habrá quien se ocupe de ello. Y no deberás dejarte ver hasta que te lo diga yo. O el teniente Pierce, al cual te presentaré. Un chico agradable.

—No lo dudo. Pero no me gustan los policías. Mi padre fue contrabandista —dijo sencillamente.

Era una chica con gracia, con atractivo y con un fondo excelente. De verdad que merecía tener suerte.

Yo había avisado a la servidumbre de mi casa, recomendándoles, por encima de todo, discreción, haciéndoles ver que me podía ir la vida en ello.

Una vez dejé en casa a Jenny, dije:

—Tardaré algunos días en volver. Ella debe gozar de libertad, aunque no debe salir más que a las partes del jardín que no son visibles desde la calle.

Me despedí de ella delante de mis senadores.

—Debes considerarte como en tu casa. Tienes música, televisión, libros, flores y teléfono. Pero si no haces uso de él, será mejor.

—Está bien. Pero quiero que pienses en presentarme un chico como el que yo necesito...

—Lo haré.

CAPÍTULO X

Belle me esperaba casi de uñas, por mi prolongada ausencia. A pesar de que era bastante tarde, no se había querido acostar.

—Podías haber telefoneado.

—Tienes razón, rubia...

—Te han señalado bien —dijo a continuación...

—Ha habido un momento en que no daba diez centavos por mi piel.

—¿Kendall?

—Gente que trabaja para él. Pero ahora no son «gangsters». Se ha deshecho de la banda, la ha aniquilado... Y ha tenido que recurrir a otra clase de gente.

—¿Qué ha sucedido?

—No te preocupes. Hemos abierto una trampa. Veremos si cae en ella. Oigas lo que oigas, no hagas demasiado caso. Incluso si lees que estoy muerto, sigue sin preocuparte. Ante la gente te mostrarás algo apenada, pero sin exageraciones.

Ella comprendió.

—¿Qué sucede con Kendall? Creí que era lo bastante inteligente como para desaparecer —dijo.

—Lo ignoro, de verdad. Ha intentado secuestrar a una chica de la cual está enamorado.

—Y tú lo has evitado... —dijo.

—Sí...

Comprendió que yo estaba cansado y me invitó a que me acostase. Ella se retiró también a su alcoba.

Lo primero que leí en la prensa fue la noticia de mi muerte en un misterioso accidente.

Reí a gusto. Pierce lo había sabido arreglar, dándole al asunto los matices convenientes.

La policía se había personado inmediatamente después del accidente, con un pequeño grupo de bomberos, en el lugar del suceso.

Estaba relatado de la misma forma que emplean en los periódicos los encargados de los «sucesos».

A pesar de que los cadáveres estaban carbonizados, la policía había descubierto que el conductor del automóvil había recibido un balazo en la cabeza.

Por los restos de una documentación y una sortija que milagrosamente se había salvado del fuego, se había podido establecer mi identidad.

Por el contrario no se sabía nada de los otros tres cadáveres.

Se había sabido, por ciertas huellas encontradas, que se habían salvado un hombre y una mujer. Ambos debían ser jóvenes. Y la mujer, pelirroja.

El automóvil había sido robado tres horas antes del suceso y su matrícula había sido cambiada.

Eso era cierto.

Se hacían indagaciones para descubrir a las dos personas que habían logrado escapar, ilesas, según todas las apariencias, del accidente.

Se sospechaba que yo había sido secuestrado por una poderosa banda de malhechores, con el fin de sacarme un fuerte rescate.

Iba a leer otras noticias, también referentes a mí, dispuestas en otra sección, cuando el teniente Pierce me llamo por teléfono.

—Buenos días, Madison. ¿Qué tal se ha pasado la noche después de los golpes de ayer?

—Magníficamente, teniente. Los golpes me ayudaron a descansar. ¿Y usted, qué tal?

—No he descansado lo que necesitaba, pero ¿qué quiere? Son gajes del oficio. Su muerte me ha dado bastante trabajo.

—Ya he podido apreciar que ha tenido usted en cuenta todos los detalles —le dije.

—Aunque usted había advertido a su servidumbre, yo me he

tomado la libertad de ir allá para concretar las osas.

—Ha hecho bien.

—He visto a esa chica. Una muchacha estupenda, Madison.

—Dígaselo a ella. Es una buena chica y a lo mejor le gusta que se lo diga...

—No estoy seguro. Cuando se enteró que era policía no me puso buena cara...

—No se preocupe por tan poco.

—Vamos a lo que importa. He dado instrucciones para que tengan su villa cerrada a pretexto de su muerte y que no reciban a nadie.

—De acuerdo. Reforzaré sus instrucciones —prometí.

—Ahí leerá que han aparecido unas disposiciones tuyas para que sus cenizas, sin ceremonia ninguna, sean enviadas dentro de quince días a Bakersfield, para ser depositadas en el panteón de sus mayores.

—Una buena medida. Ha estado usted en todo.

—¿Qué hay de sus parientes?

—No se relacionan conmigo. Son todos ricos y saben que no heredarán un solo centavo. Si acuden ya se librarán de ellos como pueda. Y que no entren en; mi villa para nada. Orden judicial...

—De acuerdo.

—Si no la creen dice usted que envié la orden de ultratumba.

Reímos los dos de buena gana.

Luego pregunté:

—¿Se han hecho indagaciones sobre el lugar a donde se dirigían mis secuestradores?

—Sí, pero no hay nada positivo. De acuerdo con sus ideas hemos buscado emplazamientos de sanatorios dedicados a la especialidad que nos interesa, pero no hay ninguno por toda esa zona...

—Prosigan, a pesar de todo. Yo realizaré también mi trabajo...

—No se deje ver, no vaya a echarlo todo a rodar...

—No se preocupe, teniente. Cuando salga no me reconocería ni usted mismo, si me viese.

Terminamos la entrevista acordando a qué hora y lugar le podría llamar yo.

La verdad era que no podía sentirme muy satisfecho por el momento.

Poco después me puse al habla con mi casa:

Renové mis instrucciones al mayordomo.

Y después pedí que me pusiesen en comunicación con Jenny.

Ella estaba sumamente divertida después de leer las noticias que se referían a nosotros.

—¿Recuerdas algún nombre? —le pregunté.

—¿Puede haber un médico de esa especialidad que se llame Stevenson? —me preguntó.

—Puede ser, aunque lo ignoro.

—Un día Amy Selton y Kendall lo nombraron.

—¿No sería con motivo de la enfermedad de Selton? —pregunté.

—No. Hablaron de espiritismo y de no sé cuántas cosas extrañas más. Hablaron también del subconsciente... ¿Puede haber otro médico de esa especialidad que se llame Freud?

Reí interiormente. Y le respondí:

—Lo hubo. Pero murió ya.

—¿Y Junger?

—También murió.

—Pero Stevenson vive.

—Es casi seguro —admití.

—Pues ese Stevenson trató de hacerle un sicoanálisis, pero Kendall no se dejó. Lo dijo como si aquello significase que era un hombre sano. Pero para mí que tenía miedo.

Me admiró la penetración de la linda pelirroja.

—¿Sabes si Stevenson tiene consulta en Los Ángeles?

—Creo que no, porque hablaron de reunirse... Y temían que desplazarse en uno de los automóviles. Tenían el inconveniente de Rudy Selton, que estaba bastante fastidiado.

—Trataré de localizar al tal Stevenson, pelirroja —dije.

—De acuerdo. Yo me entretendré buscándolo en la guía telefónica.

—¿Te aburres?

—No he tenido tiempo aún. Me divierte ver las patillas pelirrojas del mayordomo; sobre todo, cuajado habla...

Me reí a gusto.

Jenny prosiguió:

—¿Sabes que ese policía que ha venido es un fuera de serie? Ni siquiera parece policía de bien que está y de simpático que es.

—Si te gusta y tú le agradas a él, cuando termine esto, le buscamos otra profesión y te casas con él.

—Creo que me llegará a gustar aunque sea policía. Pero prefiero que no lo sea. No tienen horas para poder contar con ellos. Y se arriesgan demasiado —señaló.

—Estamos de acuerdo. Ve buscando para él una profesión... Podéis poner un comercio de modas. Yo lo financiaría...

Cuando me despedí de ella me sentía optimista, sobre todo, pensando en que ella no tardaría en tratar de localizar a Stevenson en la lista de teléfonos.

Me hizo reír la idea.

Yo preferí telefonear al colegio de médicos preguntando por el psiquiatra doctor Stevenson.

Habían dos de tal especialidad y apellido. El uno estaba establecido en Beverly Hills, era joven y estaba tratando de abrirse camino.

El otro llevaba bastantes horas de vuelo. Y tenía un sanatorio en las afueras de Redlands. Justo en la parte contraria a la que había ocurrido el accidente del automóvil.

Eché un vistazo al periódico para conocer bien los detalles de lo mío, y cuidar de no cometer un fallo.

Una noticia llamó poderosamente mi atención a pesar de que el hecho se había producido a bastantes millas de California.

Un médico francés, el doctor Charles Maillol, que había asistido en Nueva Orleans a un congreso internacional de cirugía estética, había desaparecido misteriosamente.

En su habitación del hotel, de la cual nadie le había visto salir, había dejado una nota, escrita por su mano.

La nota decía:

«No deben preocuparse. Regresaré dentro de una semana. Voy a asistir a una cacería».

A pesar de la tranquilizadora nota, y de que el notable especialista en cirugía estética era un gran aficionado a la caza, la alarma había cundido.

En el periódico se publicaban dos fotografías del médico, por si

alguien lo veía, pusiese el hecho inmediatamente en conocimiento de la policía más próxima.

—Cirugía estética —dije a media voz.

La fecha del secuestro estaba dentro de los días en que Kendall había desaparecido de Los Ángeles.

La noticia del hecho llegaba cuando Kendall volvía a dar muestras de su actividad en Los Ángeles.

El secuestro se había producido dos días antes, aunque en las primeras veinticuatro horas se había mantenido en secreto.

Y llegué al convencimiento de que si localizábamos a Kendall encontraríamos al doctor Charles Maillol.

Sin embargo, aunque estaba seguro de ello, no podía decirlo, ni siquiera al teniente Pierce. Me hubiesen tomado por loco.

Y en realidad yo estaba muerto.

La idea me dio risa.

Era sábado, Belle no debía ir a los estudios aquella mañana.

Me ayudaría a hacerme una ligera caracterización. Tenía que ser muy ligera para que no se notase.

Comencé por decolorar mi pelo que de negro pasó a ser rubio, un rubio que no iba mal del todo al color entre gris y verde de mis ojos.

Belle, la mar de divertida, me decoloró también las cejas y las pestañas.

Resultó bastante más difícil que el pelo y el resultado fue mediano; pero servía.

La imitación de una cicatriz, hecha a base de un adhesivo, que partiendo de cerca de una de las sienes me llegaba hasta la correspondiente comisura de la boca, fue un acierto.

Pero lo que resultó definitivo fue colocar un suplemento en los colmillos superiores y en los dientes inferiores, y sacar la barbilla y con ella la mandíbula.

Tenía un aspecto descorazonador, según me dijo Belle, la cual aseguró además que ella no se casaría nunca con un hombre «así».

Ya lo sabe el que quiera librarse de un compromiso matrimonial.

Añadí seguidamente un «tic» nervioso que cogía uno de los ojos y el correspondiente lado de la boca.

Conseguido lo que deseábamos, ensayé concienzudamente, cambiando paulatinamente la manera de hablar, que hice nasal.

Naturalmente no me sirvieron mis trajes. Me hubieron de traer a toda prisa ropa de un almacén, comenzando por la ropa interior que debía ser más burda, bastante basta que la usada normalmente por mí.

No me había afeitado aquella mañana y ya iría creciendo más la barba.

—Ahora tienes que ensuciarte un poco... —dijo Belle.

—No te preocupes.

Había que pensar en todo y hasta me fabriqué un pequeño historial que sin llegar a resultar escalofriante, podía inquietar a cualquier persona normal.

Finalmente salí a la calle.

A las tres horas olía a sudor, estaba bastante sucio y apestaba a tabaco malo y a alcohol barato.

De éste me había derramado más que había bebido.

Probé entonces yendo a mi casa.

Abrió un postigo de la cancela el jardinero.

Me echó, amenazándome con avisar a la policía si no desaparecía pronto de aquellos alrededores.

No me valió que implorase ayuda.

Me aseguró que yo debía ser lo bastante fuerte como para probar a trabajar y ganarme la vida con mis puños.

Una hora después me estaba carcajeando todavía.

Acudí a la consulta que el doctor Stevenson, el más joven, tenía en Beverly Hills.

Me abrió la puerta una linda y joven enfermera, reluciente de blanco, la cual me miró aprensivamente.

Le aseguré que llevaba dinero para pagar. Y que seguramente no estaba loco aún, aunque padecía algunas molestias.

Me mostré educado, correcto.

Entré en la consulta y no necesitó pedir permiso a los dos que aguardaban para hacerme pasar primero.

Al médico no le impresionó grandemente ni mi aspecto repulsivo ni mi «tic» nervioso.

Le hablé de ciertos desórdenes de tipo nervioso.

Los encontró normales, me hizo algunas preguntas y me recetó.

—No tiene usted nada que le pueda inquietar. Trabaje, en algún trabajo físico, que requiera esfuerzo, deje a un lado las bebidas

alcohólicas, sobre todo los licores... Y procure descansar todo lo que necesite.

Me pareció un chico honesto e inteligente.

Mentalmente le deseé suerte, sobre todo, cuando me cobró una cantidad que se podía considerar irrisoria en un especialista.

Le di las gracias.

Y me marché convencido de que aquel Stevenson no tenía nada que ver con Kendall. No podían coincidir.

Quedaba eliminado uno de los dos Stevenson.

Y me dispuse a visitar al otro en Redlands.

Antes de partir tuve una conferencia telefónica con el teniente Pierce.

Él, después de escucharme, renunció a hacerme desistir de lo que me proponía.

Sabía que hubiera sido inútil.

Después celebré otra conversación con Jenny, la cual me dio algunas interesantes referencias sobre Kendall.

Había estudiado violín en su juventud. Posteriormente había sido actor.

Aquello casaba perfectamente con él. Y también con la desaparición del doctor Maillol.

CAPÍTULO XI

Cuando entró el doctor Rock Stevenson, yo estaba sentado en un incómodo banco, bajo la vigilancia directa de uno de los ayudantes del *sheriff* del condado.

Al ver a Stevenson yo le dirigí una mirada despectiva, escupí y aspiré humo de mi cigarro, de pésima calidad.

Pero había que hacer sacrificios.

—Tire ese apestoso cigarro —ordenó el ayudante del *sheriff*.

Miré hacia el recién llegada como si hubiese sido a él a quien fuesen dirigidas tales palabras.

Stevenson entraba fumando un exquisito cigarro. Y naturalmente no se dio por aludido.

Entonces yo le eché cara al asunto y me dirigí a él, diciéndole en tono de reproche:

—¿Es que no lo ha oído? Ha dicho que tire el cigarro.

Logré sorprender a Stevenson, el cual me miró con expresión de asombro.

El ayudante del *sheriff* se sintió asombrado a si mismo y gritó señalándome con el dedo:

—¡Es a usted a quien le he dicho que¹ tirase el cigarro! Eso no hay quien lo aguante.

—Yo estaba fumando ya. Y lo resisto. Además, le aguanto a usted.

Stevenson dijo con expresión amigable dirigiéndose a mí:

—Amigo, es que ese cigarro es muy malo. Apesta todo lo que alcanza su humo.

—¿Y qué pasa? Uno fuma lo que puede y yo no soy millonario. Y usted no es amigo mío. A ver si dejamos las cosas bien claras.

—¡Naturalmente que no soy amigo suyo! Era un decir —

respondió suavemente, sin perder la ecuanimidad.

El *sheriff*, aunque en su departamento, estaba atento a la llegada del neurólogo y se apresuró a salir.

Tendió la mano al recién llegado; éste correspondió al saludo y el *sheriff* invitó al médico a pasar a su despacho.

Pasó delante Stevenson y el *sheriff*, antes de desaparecer de nuestra vista, dijo a su ayudante:

—Si no puede fumar otra clase de cigarros, ¿qué se le va a hacer?

Stevenson, que había oído al *sheriff*, volvió atrás y me dijo:

—Puede tirarlo. Le daré uno de los míos.

Hizo el ademán para sacarlo, pero le corté diciendo:

—Guárdese su cigarro o déselo al ayudante del *sheriff*. Yo no mendigo. Mi cigarro me gusta. Y no hay ninguna Ley del estado ni federal que prohíba fumar estos cigarros.

—Está bien. Siga fumando —concedió el *sheriff* mientras su ayudante denostaba por lo bajo en irlandés.

A poco llamaron al ayudante.

Desapareció éste para volver enseguida.

Me dijo con buenas maneras.

—El *sheriff* quiere hablar con usted.

Me levanté con aires que debían tener cómica dignidad, arrojé al lugar adecuado el cigarro y dije:

—Tendré mucho gusto en ser recibido por él.

El ayudante bizcó y creo que hasta llegó a tambalearse.

Yo proseguí, preguntando con los mejores modales:

—¿Quién es ese individuo que ha entrado?

—El doctor Rock Stevenson. Un siquiatra —dijo con expresión de malignidad.

Barrenó con el índice de la derecha en la sien correspondiente y prosiguió:

—Si lo prefiere, un médico de locos.

Me di cuenta de que Stevenson y el *sheriff* me observaban desde la puerta del despacho del último, y pregunté al ayudante con expresión de ingenuidad:

—¿Hay algún loco aquí?

—¡Sí! Parece que es usted y más le valdrá que lo esté —se atrevió a amenazar el hombre.

Hice como que no le había oído y dije en tono de comentario conmisericordioso:

—Ellos, a fuerza de tratar con locos, llegan a estar peor que las chivas.

Por un momento temí que el ayudante se iba a desmayar.

Caminé dócilmente en dirección a donde me esperaban. Y me di cuenta de que Stevenson hablaba al *sheriff*.

El de la estrella me ordenó:

—Responda a las preguntas que le haga el doctor Stevenson.

Hice un gesto de asentimiento.

—¿Por qué no trabaja? —me preguntó el recién llegado.

—¿Quién ha dicho que no trabajo? —pregunté a mi vez.

—Usted debe responder, no preguntar —dijo Stevenson seriamente.

—Haga preguntas que tengan respuesta —me apresuré a decir.

—¿En qué está pensando?

—Mi respuesta le molestaría. Y no me gusta mentir...

El *sheriff*; hubo de realizar un esfuerzo por contener la risa.

Intentó Stevenson conocer mi capacidad de reflejos y lo hice fracasar.

Me hizo algunas preguntas semejantes a las que me había hecho Stevenson, el de Beverly Hills y respondí satisfactoriamente.

Aproveché un descuido mío para pincharme con un alfiler y no me conmoví.

Pero le dije:

—Usted no debe estar bien de la cabeza... Y no vuelva a hacer una cosa así.

Hizo que el *sheriff* apagase la luz y entonces él me enfocó: una linterna, mirándome a los ojos a través de una lupa.

—¿Le ha visto algún médico neurólogo hace poco? —me preguntó.

—Creo que era neurólogo. Fue en Sacramento y hace ya unos meses de eso —respondí.

A sus preguntas contesté explicándole lo que aquel mismo día me había preguntado el Stevenson de Beverly Hills y luego le dije el nombre aproximado de lo que me había recetado.

Después de escucharme dijo al *sheriff*:

—Lo tendré en observación una par de semanas. Y le pasará un

informe.

Luego me dijo:

—Tendrá que ganarse lo que coma.

—No me van bien los trabajos duros, aunque el otro doctor de Sacramento me dijo que debía trabajar duro. Sé bien con cuantas horas de trabajo se puede pagar la comida que me den y la cama —dije.

—Tendrá que abonar también mis servicios —dije un tanto festivamente.

—Yo no le he llamado. Y ahora que le conozco, con mayor motivo. Usted no está bien del piso de arriba...

En aquella ocasión rieron los dos.

Yo no me había querido mostrar irritable, para que no tomasen demasiadas precauciones conmigo. Deseaba y necesitaba tener cierta libertad de movimientos.

El *sheriff* me comunicó con expresión severa y amistosa a la vez:

—En lugar de mantenerlo encerrado en un calabozo durante un par de semanas por vagabundaje, el doctor le tendrá en observación. Si está enfermo, se le pondrá remedio...

—Yo no he dicho que esté enfermo: Quien está mal es él —dije señalando a Stevenson.

—Allí estará mejor que en un calabozo, créame. Procure portarse bien. Le conviene —fue la última advertencia del *sheriff*.

Éste me llevó en su automóvil.

Nos precedía el doctor Stevenson en el suyo.

Salimos del centro comercial de la ciudad y cruzamos, a un cuarto de milla aproximadamente, una hermosa zona residencial con lindas villas y muchas zonas de verde.

Rebasado esto continuamos marchando como un par de millas, subiendo ambos coches por una verdeante colina.

Descubrimos al fin el sanatorio del doctor Stevenson. Poseía un hermoso parque jardín y su aspecto resultaba alegre a pesar de que la luz iba faltando va por el ocaso del sol.

El *sheriff* se limitó a decirme:

—Tenga cuidada.

—Gracias... Lo tendré.

Stevenson sonrió mucho al *sheriff* y se mostró amable conmigo.

Cuando estuve dentro, en manos de su personal, estuvo ya

menos amable, aunque no llegó a mostrarse agresivo.

—Una buena ducha. La ropa que lleva, a la estufa primero y bien lavada después.

Me dijo en tonillo que no me gustó:

—En unos días deberán perder, tanto su ropa como usted, el peso que les sobra. Es usted un vago bien alimentado, muy bien alimentado.

No me irrité, precisamente porque pensé que él me provocaba. Y dije:

—No soy vago, doctor. Hago lo necesario para mantenerme con mi trabajo. En un sitio corto leña, en otro limpio un jardín... Pero nada más. La culpa es de la sociedad, no mía...

—Es usted un incomprendido, vamos.

—No soy un incomprendido. Pero no estoy dispuesto a que aprovechen el beneficio que yo pueda dar, si pago impuestos, para que asesinen gente. Eso es lo que están haciendo ustedes. Son cómplices de los asesinos.

—¿De qué asesinos? —preguntó.

—Las guerras. ¿Quiénes hicieron la de Corea? ¿Quiénes mantienen la del Vietnam? No quiero ser cómplice de esos asesinatos —dije moviendo la cabeza en sentido negativo.

Me mostré serio, seguro de lo que decía. Creo que llegué a convencerle de que realmente estaba loco aunque mi locura era pacífica.

En la ducha me cuidé bien de que mi «cicatriz» no resultase afectada por el agua. Era algo que había calculado y salió bien.

Me sometí a ponerme unas ropas limpias que me trajeron. Prendas interiores y una especie de pijama.

Entonces volvieron a llevarme ante el doctor Stevenson, el cual tenía preparado todo para inyectarme.

Me adelanté a decir sin excitarme:

—De inyecciones, nada, doctor. Estoy aquí en observación...

—Estamos en mi sanatorio y soy yo quien dispone...

—He dicho que de inyecciones, nada. Estoy aquí en calidad de detenido. Soy como un depósito que le han entregado para su custodia y observación. Y ya hará el informe de aquí a quince días.

Se mordió el labio inferior y dijo:

—Preciso estudiar la reacción que le produce el inyectable para

ir conociendo su estado y poder hacer ese informe...

—Usted quiere fastidiarme, doctor, que no es lo mismo. Nada de inyección. Haga las preguntas y los reconocimientos que juzgue oportunos, pero no intente pasar de ahí.

—Lo devolveré a usted ahora mismo. ¡Y púdrase en el calabozo del *sheriff*!

Señalé un ademán de indiferencia y dije:

—De acuerdo. Yo no pedí venir aquí. Pueden devolverme mi ropa y cuanto antes nos larguemos, mejor.

No se me había olvidado el «tic» nervioso, la expresión nasal ni el sacar la mandíbula al máximo.

—Usted ha estudiado —dijo de pronto—. ¿Qué estudió?

—Lo que me pareció. Y sigo estudiando. Y sé pintar, ¿qué se ha creído? Pero no seré cómplice de los que matan gente... Yo escribiría y haría cosas grandes. Pero la sociedad en que vivo no las merece. No he tenido suerte, no señor. Debí nacer cincuenta años más tarde de cuando nací.

Me quedé tan tranquilo, adoptando una actitud arrogante.

Stevenson me preguntó de pronto:

—¿Que usa para drogarse? No tiene usted señales de aguja hipodérmica.

—No me drogo, doctor. Eso queda para enfermos y degenerados. Yo no estoy enfermo, no estoy loco. Es inútil que me busque la vuelta.

—Debiera, enviarlo al calabozo...

—Eso ya lo dijo antes. ¿No tiene nada nuevo? —pregunté.

Me miró sorprendido. Y yo remaché, diciendo:

—No resulta usted, nada original.

Bostezó. Y dijo después:

—Estoy cansado y encima me está fastidiando. Todo porque he querido hacer un favor al *sheriff*.

—Allá usted y él.

—Mañana le reconoceré. Le prepararé un buen «test» y ya veremos cómo responde.

—Preocúpese de que el «test» tenga algún valor. No pensará, hacerme un «test» adecuado para mentalidades de dieciocho años.

Mi respuesta le hizo vacilar. Y yo proseguí mi tarea, diciendo:

—No soy una mentalidad normal; pero no estoy loco. Usted si lo

está, doctor Stevenson. Tal vez fue eso lo que le influyó a especializarse en neurología. ¿No me pregunta ahora lo que estoy pensando?

—No me interesa lo que piensa.

—Lo sabía. ¡Ah! Mi cena, que sea ligera. No me gusta cargar por las noches. Necesito dormir pronto. Me gusta madrugar... Buenas tardes, doctor Stevenson...

Me dejó ir. Y yo me retiré, seguro de que lo había confundido totalmente.

A las ocho en punto me dejaron la cena en mi reducida habitación. Era en realidad una celda, la cual cerraron con llave.

Nada de cuchillos, ningún cubierto que pudiese servir como herramienta y tampoco nada de cristal ni de loza.

Y a las ocho y media lo retiraron todo, volviendo a cerrar.

Dormí tranquilamente hasta las once.

De lo que yo había llevado solamente me habían dejado el reloj, viejo y barato, pero que funcionaba; y mis zapatos, deteriorados... Pero que guardaba algo de lo que yo podía necesitar.

No produjo el más mínimo ruido cuando dejé la cama tras escuchar atentamente.

El silencio habría sido absoluto a no llegar, debilitada por la distancia, una música: una interpretación al violín, no demasiado brillante, de la sexta sinfonía de Tchaikowsky, «La Patética».

Era la sinfonía favorita de un músico fracasado llamado Frank Kendall.

CAPÍTULO XII

No era nada si tenía que luchar. Un pequeño destornillador y una pequeña y fina sierra que habían podido ir escondidas en los zapatos.

Pero me sirvieron para abrir la puerta de la celda en que me habían metido.

Y eso era lo que valía por el momento.

Estaba terminando «La Patética» y yo tenía prisa. La música era la única guía que tenía en el desconocido edificio para llegar sin demasiada pérdida de tiempo a uno de los lugares que me interesaban.

Y tal como temía, la música cesó un poco antes de lo que yo hubiese deseado.

Sin embargo estaba cerca ya. Solamente tenía que escoger entre cuatro puertas.

Dos de éstas quedaron desechadas prontamente, tan pronto me fui acercando y pude darme cuenta de que no salía luz alguna por debajo de ellas.

En dos puertas, próximas la una a la otra, se observaba sin embargo un rayo de luz.

Me detuve un momento a escuchar.

En una de las piezas había silencio. En la otra hablaban, por lo menos, dos personas. Eran dos hombres.

Lo hacían a media voz, aunque paulatinamente iban aumentando el volumen del sonido.

Me estremecí de alegría al darme cuenta de que uno de los hombres, aunque hablaba el inglés, lo hacía con marcado acento francés.

Entonces me situé en condiciones de poder escuchar, teniendo a

la vista la otra puerta que dejaba asomar por debajo el rayo de luz.

Debía estar prevenido, ya que tal pieza debería estar ocupada por alguien. Y ese alguien podía salir en el momento menos pensado.

La otra voz que oí me produjo tanta o más alegría que la de acento francés. Se trataba de Frank Kendall, estaba seguro de ello.

Kendall decía:

—Tiene que haber un medio para hacer un trasplante de piel y poderme cambiar las de los dedos. Se trata de las huellas digitales, ¿o es que no quiere comprender?

El francés respondió:

—Calma, señor. Le he entendido perfectamente, pero no se puede hacer con resultado positivo; le trasplantaría la piel de otro, pero esa piel moriría, no se lograría el injerto.

—¡No hablo de una persona muerta, recién muerta! Me refiero a alguien vivo que se prestaría al cambio. Tengo dólares suficientes para pagarlo. A él y a usted.

—Hay cosas que no se pueden comprar con dólares, señor —respondió el francés—. Únicamente podría resultar un trasplante positivo si lo hacemos con su propia piel, sacándola de un lugar y aplicándola a otro. Entonces es casi seguro que resulte bien.

—¿Y cómo va a aplicar piel de otro sitio a las yemas de los dedos? No habrían huellas digitales. ¡No! Tiene que ser como yo digo —exigió Kendall.

—La ciencia va más despacio que su fantasía, señor. Le he dicho lo que puedo hacer con sus facciones. En cuanto a sus manos, ya sabe también lo que se puede hacer.

—Yo exijo... —comenzó a decir Kendall.

El francés, sin duda el doctor Charles Maillol, le interrumpió, diciendo:

—No exija. Haré lo que pueda. No quiero ser cómplice de un asesino; porque usted lo es y por eso quiero cambiar su cara... —dijo el francés valientemente.

—No hable de lo que no le importa...

—Me interesa, señor. Haré lo que puedo hacer, porque no me queda otro remedio. Quiero vivir. Pero no aceptaré un solo dólar. Sería hacerme cómplice suyo...

—Usted...

—Déjeme terminar. Debo comenzar cuanto antes. Usted no ha calculado bien lo que ha hecho. El gobierno de mi país presionará al suyo. Nadie creará que me he ido a una partida de caza...

Oí un bufido de Kendall. Y me dispuse a abrir. Íbamos a ser dos contra uno.

Los dos estábamos desarmados y el uno armado y además era un asesino. Pero aquélla era una buena oportunidad que no debía desperdiciarse.

Me enderecé totalmente y jugué mis músculos preparándolos para la acción, todo ello sin perder de vista la otra puerta para evitar ser sorprendido.

Y la sorpresa se produjo por donde no la esperaba.

Llegó en silencio hasta hacerme sentir la dureza del cañón de un arma por la espalda, a la altura casi de los riñones.

—¡Vaya, vaya, vaya! —exclamó el doctor Stevenson.

Sin volverme, dije:

—Le conviene aliarse conmigo, Stevenson. «Federal Bureau of Investigation».

—Demasiada fantasía. Levante las manos.

—¿Las dos? —pregunté con ironía.

—Justo, las dos. ¿De modo que

F. B. I.?

—Eso he dicho.

—¿Qué sucedería si lo sometiese al detector de mentiras? —preguntó sin abandonar su posición.

—El resultado le haría temblar, doctor Stevenson. Como se tambaleó anteriormente...

—¡Usted, de loco, nada! —exclamó.

—Eso lo dice usted ahora, pero antes... Yo no le dije que estuviese loco. Dije que mi mentalidad se salía de lo normal... Y señalé también que quien estaba loco era usted... ¿O no lo recuerda?

Yo estaba intentando hacerle perder la calma, irritarlo, para provocar un descuido que me permitiese sorprenderle y desarmarlo.

—Lo recuerdo perfectamente. Y no se lo perdonaré... —lo dijo de forma inquietante.

Yo no podía arrugarme. Si él notaba en mí el más mínimo miedo, no vacilaría en tirar.

—¡Qué miedo! No me lo perdonará... —dije.

—No. Y voy a tirar...

—El *sheriff* sabe que estoy aquí. Soy un depósito en sus manos. No sabe a qué he venido, pero lo intuye. ¿Qué le podría suceder, doctor Stevenson?

Noté que vacilaba.

—El «Federal Bureau of Investigation» es poderoso, «doc». Y sus hombres implacables, sobre todo, si se trata de vengar a un compañero.

Noté que temblaba. Y proseguí:

—Kendall está loco y su testimonio en su contra no sería tomado en cuenta. Pero la chica no está loca. Y además, se abriría una investigación a fondo. No le ayudaría... Su obligación es colaborar conmigo.

—Aunque quisiera no podría ayudarle. Pero además, es que no quiero hacerlo. Diré al *sheriff* que me atacó y me pilló desprevenido... Lo probará el hecho de que escapó usted de su celda... Y tendré testigos de sobra...

—¿Kendall y el doctor Maillol? —pregunté en tono de burla.

Permaneció silencioso durante segundos, casi medio minuto.

Al fin dijo:

—Sabe usted demasiado para perdonarle. Pactar con usted sería estar en sus manos... Hay que matarle, suceda lo que suceda...

No bromeaba. Y lo peor era que estaba loco.

—Será peor para usted estar en manos de Kendall. Está más loco que usted, y es un asesino nato. Se ha ido librando fríamente de todos los componentes de su bando. ¿Qué porvenir le espera en sus manos, Stevenson? —pregunté.

Maillol y Kendall proseguían hablando dentro; lo hacían en voz cada vez más alta, sobre todo Kendall, el cual pretendía imponerse.

Oí una respuesta de Maillol que decía:

—Eso es ir contra toda razón. Y si me ha de asesinar, hágalo. No haré nada en su favor...

Lo oí a mi pesar, porque Stevenson me preocupaba seriamente.

Me golpeó de improviso en la nuca, con la misma pistola manteniéndola asida por la culata.

El golpe fue dado con precisión. Pero mi intuición hizo que fuese un poco desviado, a pesar de lo cual me tambaleé, sintiendo que se

me aflojaban las rodillas.

Mi movimiento me hizo tropezar contra la puerta. Mis brazos se habían aflojado y los había bajado.

Ordenó excitado:

—¡Arriba!...

No le dejé terminar porque tomé impulso contra la puerta y me lancé de espaldas contra él.

Caímos de espaldas los dos y yo, sin pretenderlo, le golpeé con mi cabeza en su cara, poniéndolo en dificultades y haciéndole soltar la pistola.

Intentó apresarme y fui capaz de esquivar sus brazos.

Tras una voltereta roe puse en pie y sin darle tiempo a nada salté sobre él, haciendo impacto en su humanidad con mis noventa kilos de peso, bien cumplidos.

Aulló de manera espeluznante.

Pero no fue su grito el que atrajo sobre mí a dos «gorilas» de los que me habían vigilado a mi llegada, cuando me metieron en la ducha.

Me golpearon dura y hábilmente tras sorprenderme y comprendí que era inútil proseguir.

Se había abierto con violencia la puerta de la sala en donde se hallaban Frank Kendall y el doctor Maillol.

El «gángster», pistola en mano, se dirigió al grupo que formábamos Stevenson, los dos «gorilas» y yo.

Pero me dedicó su preferencia pese a mi humildad. Y me encañonó con la pistola, a la vez que preguntaba:

—¿Qué sucede?

Me adelanté a hacer mi presentación. A mi manera, claro.

—«Federal Bureau of Investigation», Kendall. Si sabe perder, sus abogados podrán aducir su locura y se librará de la pena de muerte.

—Me libraré de ella de todas formas. Quien no se salvará será usted, por muy

«F. B. I.»

que sea.

La ficción de cicatriz había podido resistir bien la ducha; pero no había sido capaz de soportar en el sitio la lucha y se había descolgado en parte.

—Éntrenlo —ordenó Kendall señalando para la sala de la cual

había salido.

Lo hicieron sin contemplaciones, empujándome a lo bestia.

Maillol se había apartado a un lado, sorprendido por la escena.

Con Kendall entraron también los dos «gorilas» y Stevenson, éste, doblado aún por mis golpes.

Kendall me miró fijamente.

Aquella pieza estaba bastante mejor iluminada por el pasillo. Y descubrió lo que se refería a la colgante ficción de cicatriz.

Se acercó rápido, sin dejar de encañonarme, y la arrancó de un tirón, haciéndome respingar.

Soltó un soez insulto dirigido contra mí y en el cual se volvía a mis progenitores y dijo a continuación:

—¡De

F. B. I.,

nada! ¡Este fulano es Dick Madison! ¿Te has enterado? Éste es el mejor momento de mi vida...

No exageraba. Un asesino nato como él disfrutaba matando. Cada muerte le divertía más. Y se disponía a disparar contra mí. Fue algo que comprendimos todos, hasta el doctor Maillol.

El francés cerró los ojos.

CAPÍTULO XIII

Yo salté como un tigre, colocándome por debajo de la línea de tiro.

Y él disparó sin miramiento alguno.

Falló en lo que a mí se refería.

Pero la bala dio a Stevenson en un hombro, haciéndolo girar y derribándolo al final de la vuelta, dada la proximidad a que el disparo había sido hecho.

Cayó Kendall de forma aparatosa, violenta, como brutal había sido mi salto.

Y mientras lo sujeté con la izquierda, le apliqué un golpe con el filo de la mano derecha, ligeramente por debajo del entrecejo.

A juzgar por el gesto, por la mirada, debió sufrir una terrible conmoción y quedó inmóvil, sin sentido, dando la impresión de que estaba muerto.

Los dos «gorilas» no se podían estar quietos y yo, en previsión, salté ágilmente, llevándome conmigo la pistola de Kendall.

Di dos volteretas, derribé una silla y quedé medio parapetado por una mesa de trabajo.

Los «gorilas», acobardados por el ejemplo de Kendall, no se habían movido de donde les había sorprendido mi audacia, pero echaron mano rápidamente a sus pistolas.

Tiré con rapidez. No soy un superclase, pero tiro bien.

Al primer disparo, vi que parte del cráneo de uno de los «gorilas» saltaba.

Era algo.

El otro tiraba ya; y yo lo desconcerté con un movimiento.

La bala se aplastó contra la mesa, muy cerca de donde yo había mantenido mi cabeza.

No es que fuésemos por turno, pero me tocaba a mí y volví a

tirar.

Le metí el primer balazo a la altura del estómago, pues tiré a asegurar.

Él se encogió, y yo, sin pensar, consumí también su turno levantando la puntería un poco.

La bala debió pararle instantáneamente el corazón y el «gorila» saltó hacia atrás como impulsado por una mano invisible.

Stevenson, pese al dolor que le había producido la herida, se había levantado y se disponía a huir.

—Quieto o tiro, Stevenson. Por un cadáver más, no me van a procesar...

Se detuvo, seguro de que yo no exageraba. Me había lanzado y él intuía que resultaría difícil detenerme.

Como medida de precaución por si acudían otros «gorilas», cerré la puerta por dentro, asegurándola bien, y, hasta coloqué dos muebles que deberían estorbar bastante al que intentase entrar.

Stevenson se había dejado caer en el suelo, debilitado por la pérdida de sangre.

—¿Es que va a permitir que me desangre? —me preguntó.

—Apriete la herida, tapónela... Usted es médico además de estar loco. Aunque si se va al otro barrio, tanto mejor —le dije:

Al doctor Maillol le costaba trabajo reaccionar, desbordado por la rapidez con que se había producido todo y también porque no terminaba de comprender mi papel.

Le tranquilicé, diciéndole en su idioma:

—No soy policía, pero como si lo fuese. Quedará usted en libertad inmediatamente:

—Gracias... ¿Usted habla mi idioma?

—Eso parece. ¿Quiere ocuparse de la herida del doctor Stevenson? Pero tenga cuidado. Podría llevar un arma aún.

—Lo tendré en cuenta. Gracias.

Cacheé cuidadosamente a Kendall, desposeyéndole de otra pistola, de pequeño calibre ésta, y un cuchillo automático.

Luego; le até convenientemente con las manos a la espalda y los tobillos bien sujetos.

Comenzaba a despertar, e intentó morderme, cuando aún no se daba cuenta exacta de cuál era su situación.

Le asesté un revés en la boca, partiéndole el labio inferior por el

cual manó sangre.

—Quieto, Kendall: Ha perdido la partida...

—¡Aún no está perdida! ¡A nosotras! —gritó Stevenson.

Fui a él y le di otro sopapo.

—Si vuelve a gritar lo amordazo. Adelante, doctor. Haga lo que pueda por él.

—No hay material sanitario aquí...

—Haga lo que pueda. Tapónele la herida. No pido milagros.

Maillol no hubiera sido ninguna ayuda por lo apocado de su carácter, a pesar de que se había sabido mostrar con toda su dignidad frente a las exigencias y amenazas de Kendall. Pero no era un luchador.

Por lo tanto: mientras él, tras sonreírme, volvió a su trabajo de taponar la herida, yo me encargué de atar a Stevenson por los tobillos.

Y luego le até la mano cuyo hombro no había sido afectado, a un mueble.

—Es necesario, doctor Maillol. Aunque tal vez usted me crea riguroso.

—No le tacho de riguroso, señor Madison. Sé qué hace usted lo que debe. Pero tengo un carácter diferente al suyo...

—Estamos de acuerdo —le dije.

Habían acudido a la llamada de Stevenson y también atraídos por el ruido de los disparos.

No podía saber cuántos eran, pero tal vez llegaban a la media docena, a juzgar por los rumores que llegaban a nuestros oídos cuando nosotros quedamos en silencio.

Al fin gritó uno de los hombres:

—¡Doctor Stevenson!

Me acerqué al neurólogo manteniendo en mis manos el cuchillo que le había quitado a Kendall, el cual había abierto.

Se lo acerqué al cuello y ejercí una leve presión con la punta.

—Responda que no sucede nada, que se retiren...

—No lo haré...

—Lo hará...

La presión fue más fuerte hasta el punto de que comenzó a manar sangre. Y evité su grito tapándole la boca.

Luego la destapé, diciendo:

—Haga lo que le he dicho.

No tuvo más remedio que obedecer mi orden y me pareció que los individuos se retiraban.

Me di cuenta de que Maillol sudaba. Lo mismo sucedía a Stevenson, el cual estuvo unos instantes al borde del desmayo.

Kendall le increpó:

—Eres un cobarde. ¿Por qué no les ordenaste que forzaran la puerta?

—¿Por qué no lo has hecho tú? No tenías ningún cuchillo que te amenazase —replicó Stevenson.

Me gustaba aquello. Ya saben ustedes que de la discusión nace la luz. Ellos se trataban con demasiada confianza y aquello podía ser un buen punto de partida.

Dije a Kendall:

—Stevenson tiene razón. ¿Por qué no gritó usted? No se lo podía impedir en ese momento... Pero no lo intente ahora —le dije acercándome con el cuchillo en la mano.

—Es un cobarde... —dijo en voz baja, semejante por su entonación al gruñido de un perro.

—Debí haberte aplastado hace tiempo —dijo Stevenson a su vez—. Y lo haré tan pronto pueda.

—¿Por qué no lo haces ahora? Puedes llamar a tus muchachos y encargarles a ellos el trabajo...

Stevenson me pidió:

—¡Déjeme libre y aplastaré a esa cucaracha!

—Lo siento, Stevenson, pero perdió su oportunidad. Debí hacerlo antes, cuando él se le impuso... —respondí.

Yo había entrevisto algo que no había podido imaginar antes, y dejé caer la frase esperando la reacción de uno o de otro.

Fue Stevenson el que respondió como yo deseaba. Dijo en tono burlón:

—¿Imponérseme esa cucaracha...?

Guardó silencio de inmediato, dándose cuenta de que había hablado más de lo que le convenía.

Kendall dijo entonces:

—Puedas seguir hablando. Richard Madison es superior a nosotros y ha calado ya la verdad. No creas que ha dicho eso por pura casualidad.

Kendall tenía su capacidad de penetración y lo había demostrado al descubrirme apenas se había averiado un poco mi caracterización. Y luego había calado en mi idea.

—Sucio chivato —acusó Stevenson.

Kendall dijo en tono entre desdenoso y burlón:

—Fuiste tú quien habló, quien se delató...

—Eres muy hábil para echarme la atención de ellos encima. Pero no te valdrá...

—Lástima que me tuviese que confiar a un superlisto. De tan listo que eres resultas tonta. Te dije que no debías confiarte... «Un loco vagabundo que te enviaba el *sheriff*. No podías negarte». Había que estar a buenas con la autoridad... —dija remedando a Stevenson—. ¿Crees que él te dejará libre ahora?

—Tú descubriste quién eras, lo tenías encañonado y te pudo derrotar. No comprendo cómo me pude confiar a un tipo como tú...

—Dilo todo. A un tipo al cual habías derrotado al que habías; colocado al borde del fuera de combate...

—Eso mismo —admitió Stevenson.

—¿Quiere saber la verdad, Madison? —preguntó Kendall en tono resuelto.

—Creo conocerla —dije.

—No hace falta ir a la universidad para adivinarla... Stevenson fue el traficante de drogas que compitiendo conmigo me llevó a la ruina. Me obligó luego a hacer el asalto...

—Eso no lo podía imaginar...

—Pues sí, fue cosa: de él... Y ha sido él quien propuso todo el plan para hacerme desaparecer como Kendall y ponerme al frente de su gente. Así él viviría tranquilo escudado en su «honorable» trabajo mientras yo resolvía las papeletas duras...

—¿Por qué anular a la gente de su banda, Kendall?

—Ha sido cosa de él también. Fueron sus hombres quienes los han aniquilado en muchos casos...

—¡Menos cuando has sido tú, traidor! —acusó Stevenson.

—Él temía que si traía yo a los míos, podría apoderarme de su negocio. Y por otra parte mi gente quería barrerlos. Se habían puesto demasiado exigentes y yo tuve que ceder a Stevenson... Estaba acosado por los dos lados...

Aquella explicación era buena, ponía las cosas en su punto,

explicaba ciertas contradicciones aparentes.

Tomé el teléfono. Logré ponerme en contacto con el *sheriff* de Redlands, al cual di la gran noticia.

—¿Seguro que es el doctor Maillol? —preguntó emocionado.

—Seguro. Y gracias a usted lo podremos libertar, pero no tarde. Estamos aún en peligro... No deje de avisar al teniente Pierce...

—¡Lo haré inmediatamente! ¡Y voy enseguida!

Ser precavido no es de cobardes. Y yo había percibido algunos ruidos sospechosos, los cuales me hacían pensar que la gente de Stevenson no se estaba todo lo quieta que se podía desear.

El doctor Maillol se sintió más tranquilo cuando oyó que yo avisaba a la policía y que ésta no tardaría en acudir.

Pero volvió a inquietarse cuando señalé para la pesada mesa de trabajo y le pedí:

—Ayúdeme a cambiarla.

Con ella y unos cuantos muebles más, formé una especie de parapeto. Llevé a él a los dos presos y pedí al francés:

—Escóndase ahí también. ¿Se atrevería a disparar un arma? No es necesario que acierte. Bastará con que los asuste y me ayude a contenerlos. Yo tiraré a dar.

—¿Son muchos?

—Pueden ser seis o siete...

—Entonces tendré que tirar a dar también...

Teníamos las pistolas de los «gorilas» muertos, la de Stevenson y la de Kendall. Y balas de sobra.

Nos metimos en el parapeto y poco después se producía una explosión en el tabique contrario al lugar en donde estábamos situados.

Aún zumbaba el cascote por el aire cuando vi aparecer a los «gorilas» entre la nube de polvo y humo que se había levantado.

Comencé a disparar con rapidez y eficacia. El doctor Maillol me imitó. Tirando los dos no sabíamos quién erraba y quién acertaba.

Cayeron tres granujas y los otros se retiraron prudentemente, comenzando a hostigarnos desde un lugar en que estaban casi a cubierto de nuestras balas.

La nube de humo y polvo se fue disipando paulatinamente y comenzamos a vernos las caras.

Acerté un balazo y ordené a Maillol que se escondiese. El peligro

aumentaba para él, que no sabía cubrirse cuando disparaba.

Los «gorilas» se tornaron más cautos.

Por otra parte, había bastante escándalo en el interior del sanatorio, en los lugares reservados a los enfermos.

Yo debía no malgastar balas y entretuve así a mis enemigos.

Hasta que cayeron sobre ellos el *sheriff* y sus agentes, con una rapidez sorprendente.

Dominada la situación, hice las presentaciones.

—El doctor Charles Maillol, al cual ha libertado usted, *sheriff*. Merece ese premio...

—Gracias, pero usted...

—Mi porvenir está en otro sitio. Lo suyo es esto... Repartan lo bueno entre usted y Pierce, ya que otras veces les toca lo malo...

—Muchas gracias, señor Madison...

El *sheriff* estrechó las manos de Maillol, realmente emocionados ambos, cada uno por un motivo.

Yo sentí entonces que se me venía algo encima. Noté un perfume sensacional y me sentí estrechado entre unos brazos tibios, suaves.

Había apasionada emoción en el abrazo. Y me dio por exclamar:

—¡Eres Carolina!

Tuve que esquivar el bofetón.

Al fallar la recibí en mis brazos, que la ciñeron fuertemente, que es lo bueno.

Y dije:

—Era broma. No conozco más Carolinas que los dos estados del Este.

—¡Pues hasta de esas Carolinas tendrás que olvidarte!

—Lo que tú quieras, rubia...

—Esta noche sí que nos casaremos...

Creí que me desmayaba...

Entre nubes me pareció ver a Pierce acompañado por Jenny. El actuaba y hablaba con el *sheriff*, pero Jenny no lo dejaba.

Oí que ella le decía:

—Tu último triunfo. Nos dedicaremos al comercio... «¡Pobre Pierce!», pensé.

Se me ocurrió pensar en cuál sería el resultado cuando se casaran. Abuelo contrabandista y padre policía... ¡Vaya lío!

Pero yo no tengo la culpa. La vida es así.

Mi rubia me volvió a abrazar.

—¿Puedo vestirme de persona o tengo que ir de vagabundo?

—Los vagabundos también son personas. Y muchos de ellos unos tipos estupendos...

—Como yo, ¿no?

—Justamente. Eres el vagabundo más estupendo que he conocido...

—Yo sabía que las rubias me traían desgracia —suspiré.

Me obligó a callar. Adivinen cómo... No, no fue pegándome, sino todo lo contrario. Resultaba sensacional.

FIN



Alfonso Arizmendi Regaldie (San Cristóbal de la Laguna, Islas Canarias, (España), 1911 - Valencia (España) 2004), más conocido por el seudónimo Alf Regaldie formado con la abreviatura de su nombre y con su segundo apellido, de origen francés, aunque también utilizó el de Carlos de Monteroble.

Aunque nació en la localidad canaria de San Cristóbal de la Laguna, durante la mayor parte de su vida residió en Valencia, por lo que se le puede considerar con toda justicia miembro de pleno derecho de la escuela de ciencia-ficción valenciana.

Al igual que ocurrió con otros muchos contemporáneos suyos, tuvo la desgracia de verse atrapado en la vorágine de la Guerra Civil española, participando como combatiente en el bando republicano, lo que le acarreó, como es fácil suponer, serias dificultades una vez acabada la contienda, llegando a estar encarcelado por ello durante siete años.